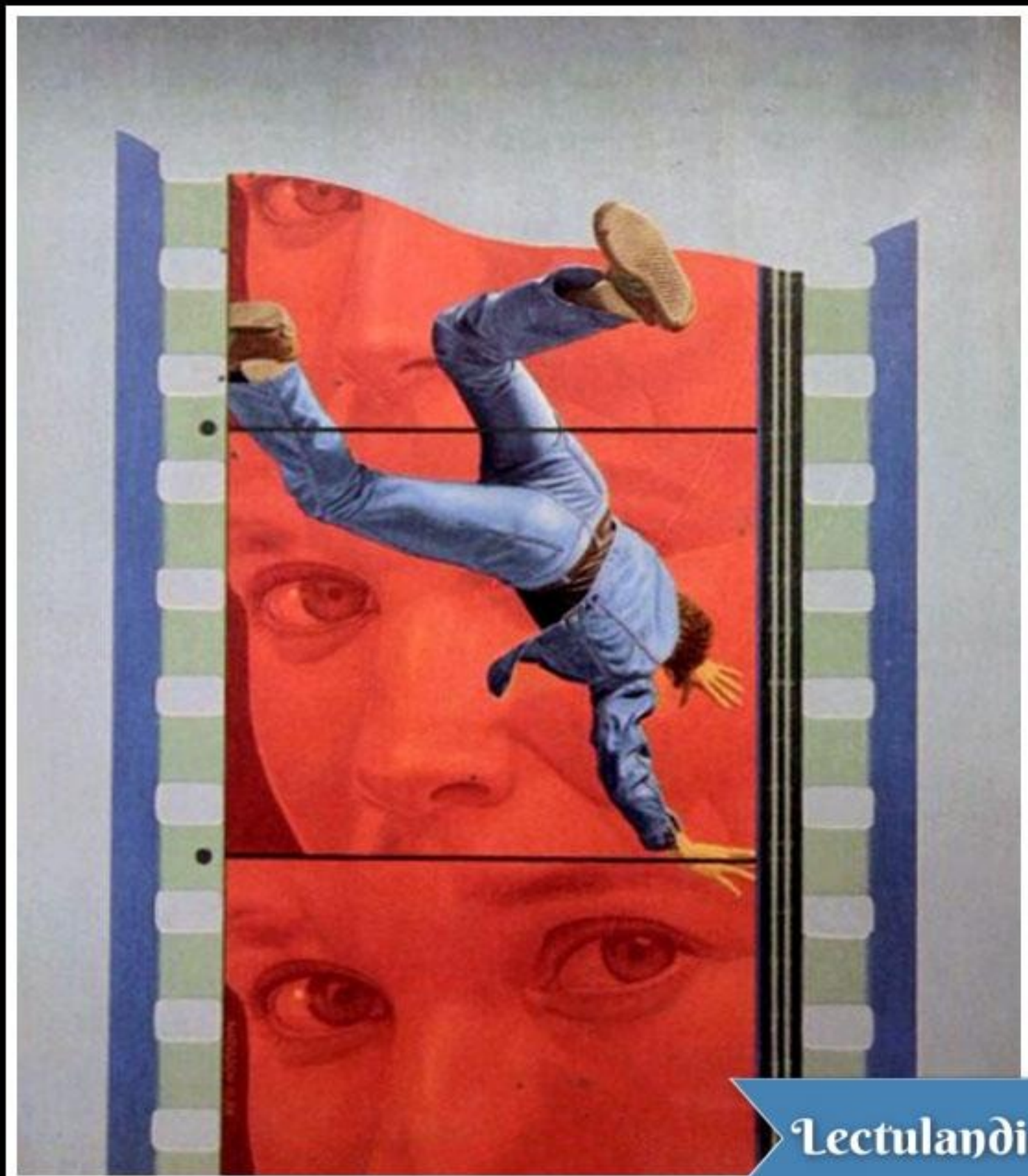


Chico Buarque ESTORBO



Lectulandia

En una alucinante duermevela, un joven de buena familia desarraigado, que vive como un don nadie al borde de la marginalidad, nos arrastra a una auténtica pesadilla de violencia, incomunicación y soledad. En una caótica ciudad, disueltas ya las categorías sociales en la apocalíptica promiscuidad del desencanto, del miedo y del deterioro moral, el narrador, criado en un mundo parapetado tras la seguridad de blindadas y lujosas mansiones, se ve un día catapultado por casualidad (¿o por elección propia?) al submundo periférico de la delincuencia que actúa en esa frontera, ya imprecisa, con la sociedad de los guapos y ricos a la que va socavando poco a poco. Ese narrador «descolgado», verdadero estorbo para todos, que se ve involucrado en una tensa odisea de atracos, secuestros, robos, asesinatos y estupros, vuelve a la vieja y semiabandonada finca familiar en busca de paz. Pero otros inquietantes fantasmas (¿o los mismos?) le esperan también en ese nostálgico escenario de la infancia...

Lectulandia

Chico Buarque

Estorbo

ePub r1.0
jugaor 18.07.15

Título original: *Estorvo*
Chico Buarque, 1991
Traducción: Pablo del Barco

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

estorbo, estorbar, exturbare, disturbio, perturbación, turbación, turbia, torbellino, turbulencia, turbamulta, trueno, trampa, trápala, atropello, tropel, torpor, estupor, estropear, estropicio, estrago, estorbo

Es muy temprano para mí, fui a acostarme al amanecer, no consigo definir a aquel tipo a través de la mirilla. Estoy atontado, no comprendo al tipo ahí parado, con traje y corbata, el rostro entumecido por la lente. Debe ser algo importante, pues oí sonar el timbre varias veces, una camino de la puerta y por lo menos tres aún en el sueño. Voy regulando la vista y empiezo a creer que conozco aquel rostro de un tiempo distante y confuso. Pero puede que llegara durmiendo a la mirilla y que conozca aquel rostro de cuando pertenecía al sueño. Y luego, la barba. Puede ser que ya haya visto antes aquel rostro sin barba, pero la barba es tan sólida y rigurosa que parece anterior al rostro. El traje y la corbata también me molestan. No conozco a mucha gente de traje y corbata, mucho menos con el pelo liso hasta los hombros. A las personas de traje y corbata que conozco, las conozco detrás de una mesa, una ventanilla, no son personas que vienen a llamar a mi puerta. Intento imaginar a aquel hombre afeitado y en mangas de camisa, al margen de la deformación de la mirilla, y es siempre algún conocido pero muy difícil de reconocer. Y el rostro del tipo así, tan frontal y estático, confunde aún más mi juicio. No es en verdad un rostro, es más la identidad de un rostro, que difiere del rostro verdadero cuanto más conoces a la persona. Aquella inmovilidad es, para mí, su mejor disfraz.

Retrocedo cautelosamente, andando por el apartamento como dentro del agua. Me deslizaré de vuelta a la cama, y creo que el tipo acabará desistiendo, convencido de que no hay nadie en casa. Pero en cuanto paso la divisoria imaginaria de mi salón-dormitorio, el timbre suena otra vez. No puedo dormir con la imagen de aquel hombre fijo en mi puerta. Vuelvo a la mirilla. Tengo que sorprender alguna imprudencia suya, una impaciencia que lo denuncie, que me permita asociar el gesto a la persona. Pero mientras estoy allí no toca el timbre, no mira el reloj, no enciende un cigarro, no quita el ojo de la mirilla. Ahora me parece claro que está viéndome todo el tiempo. A través de la mirilla al contrario, me ve como si yo fuera un hombre cóncavo. Así me vio llegar, pegar el ojo al agujero e intentar descifrarlo, me vio huir a cámara lenta, amplios los movimientos, me vio volver con la fisonomía contraída y ver que me ve y me conoce mejor que yo a él. Porque yo sólo sé que él no es lo que pretende aparentar, un vendedor, un administrador, un despistado. Y él me conoce lo suficiente para saber que yo podría recibir a un extraño, pero nunca abriría la puerta a alguien que de hecho quisiera entrar.

Ahora ya entendió que es inútil, que ya no me engaña, que no le abro de verdad,

que soy capaz de morir allí en silencio, puedo quedarme hecho un esqueleto de pie ante su esqueleto, entonces meneo la cabeza y sale de mi campo de visión. Y es en ese último vislumbre cuando lo identifico con toda la evidencia, volviendo a olvidarlo inmediatamente. Sólo sé que era alguien que hace mucho tiempo estuvo conmigo, pero a quien no debería haber visto, a quien no necesitaba volver a ver, porque fue alguien que un día meneó la cabeza y salió de mi campo de visión, hace mucho tiempo.

He perdido el sueño. Desde la ventana de mi sexto piso puedo vigilar la acera del edificio. Aparece enseguida el hombre, se detiene en el bordillo y no levanta los ojos hacia mi ventana, como yo haría si fuera él. Con tanto tiempo de espera en mi pasillo, tendría que arriesgar una miradita más. Cualquiera miraría hacia el sexto piso, incluso sabiendo que es inútil; miraría para confirmar que no hay ninguna luz encendida, que no hay ninguna toalla colgada en el antepecho, miraría automáticamente, como última esperanza. Únicamente no miraría si supiera que está siendo mirado. Él sabe que lo veo llamar a un taxi, embarcar en el asiento delantero y mandar coger la primera a la derecha. Me visto deprisa, calculando que en este momento está parado en el semáforo en rojo de la otra esquina. Calculando que yo esté vistiéndome deprisa, le diré al conductor que se salte la señal y gire a la derecha otra vez y otra vez y otra vez. Completará la vuelta a la manzana previendo que yo esté en el ascensor, aún con la camisa abierta. Pero yo me la abotono en la ventana, viendo cómo el taxi completa la vuelta a la manzana.

Estaré bajando del taxi cuando cierro con fuerza y definitivamente la puerta del apartamento, el taxista mandándolo a la mierda a causa de la tonta carrera. Se decepcionará por no topar conmigo en la portería. Le preguntará al portero por mí, que estoy entre el quinto y el cuarto piso, bajando despacio la escalera porque las luces se han fundido. El portero, escuchando la radio, va a responderle que no sabe nada de la vida de nadie del edificio. Llego al segundo piso y él entrará en el ascensor, después de pulsar el botón cuarenta veces. Cerca del bajo me cruzo con la luz de la calle, que está subiendo la escalera por el frente de los peldaños. En el último tramo de esa escalera retorcida piso en falso; piso en la luz y atravieso precipitado la portería, él en mi pasillo. Ya no tocará el timbre; destrozará la cerradura, yo en la acera opuesta.

No necesito mirar al sexto piso para saber que me vigila desde mi ventana. Veré que aprieto el paso y desaparezco corriendo por la primera a la izquierda. Y llamaré al ascensor, y llamaré al taxi, pero no convencerá al taxista para perseguirme a contramano. Intentaré por una paralela, pero me meto en el túnel, llego a otro barrio, respiro nuevos aires. Se atascará en el tránsito y yo subo las cuestas, los estantes del bosque, las laderas invisibles con mansiones invisibles desde donde se divisa toda la ciudad.

El vigilante en la garita fortificada es nuevo en el servicio, y tiene la obligación de impedirme el paso a la urbanización. Me pregunta el nombre y el destino, observando mis zapatos. Llama por el teléfono a la casa 16 y dice que hay un ciudadano diciendo que es hermano de la dueña de la casa. La casa 16 responde algo que al vigilante no le gusta y dice «hum». El portón de rejas de hierro verde y grandes argollas doradas se abre poco a poco, como resistiéndose a darme paso. El vigilante me ve subiendo la ladera, se fija en mis suelas y cree que soy el primer peatón que atraviesa ese portón. La casa 16, al final de la urbanización, tiene otro interfono, otro portón electrónico y dos vigilantes armados. Los perros ladran a coro y dejan de ladrar de repente. Un muchacho con una bayeta en la mano abre la portezuela lateral y me hace entrar en el jardín con un movimiento de la bayeta.

La casa de mi hermana es una pirámide de cristal, sin el vértice. Una estructura de acero sustenta los cuatro lados, que se componen de piezas del vidrio blindado en forma de trapecio, bien piezas fijas, bien puertas, bien ventanas basculantes. Las pocas paredes interiores de albañilería fueron proyectadas de modo que quien entrara en el jardín pudiera ver, a través de la casa, el océano y las islas al fondo. Para refrescar los ambientes, no obstante, más tarde colgaron por todas partes cortinas blancas, negras, azules, rojas y amarillas, sustituyendo el horizonte por un enorme panel abstracto. También originariamente, el patio circular en el vientre de la casa abrigaba un ficus, cuya copa emergía por encima de la pirámide frustrada. Ocurrió que la casa, cuando quedó terminada, empezó a asfixiar al ficus que, en contrapartida, minaba los cimientos con sus raíces. El arquitecto y el paisajista fueron convocados, cambiaron acusaciones, y quedó patente que casa y ficus no convivirían nunca más.

Yo siempre creí que aquella arquitectura premiada prefería habitar otro espacio. La casa se libró del ficus, pero ni aun así parece satisfecha con el terreno que le corresponde, el jardín que la envuelve totalmente, el limo que se pega a los zócalos de hormigón, la yedra que trata de adherirse a los cristales. En esa disputa, el jardinero tomó partido por la casa, y se pasa los días arrancando la yedra, puliendo el hormigón, podando lo que ve delante. Un día, montando en cólera, salió pisoteando los bancales, eliminó las hortensias y habría reducido el jardín a un campo de golf de no intervenir mi hermana. Como ha hecho prácticas en un jardín botánico, a mi hermana le gusta andar por la arboleda lejos de la casa, pudiendo distinguir el *ipê* del roble, de la *oiticica*, de la *jequitibá* o de la *maçaranduba*. También cuida de las palmeras, que están alineadas aparte, pues aprendió que las palmeras son de una especie altiva de árboles que los árboles serios a su vez desdeñan. Y, cuando tiene tiempo, mi hermana llega a los confines del terreno, donde el jardín toca el muro del huerto forestal; vuelve sólo al anochecer, deteniéndose para ver y oír el juego del follaje, por atajos que el jardinero ignora. Pero hoy, con el sol que cae a fuego y sin una mínima brisa, mi hermana está dentro y el follaje no juega; cada hoja es un ejemplo de hoja, con su verde oscuro a la luz y su contraverde claro a la sombra. Hoy

es como si el jardín estuviera aprendiendo arquitectura.

El empleado no sabe qué puerta de la casa merezco, dado que no vine a entregar nada ni tengo aspecto de visita. Se detiene, retuerce la bayeta para escurrir la duda, y se decide por la puerta del garaje, que no es una cosa ni otra; obedeciendo a convulsas señales de la bayeta, rodeo los coches en el garaje transparente, subo por una escalera de caracol y doy en una especie de sala de estar con una columna descomunal, suelo de granito, pared inclinada de cristal, otras paredes blancas y desnudas, mucho eco, una sala de estar en la que nunca vi sentado a nadie. A la izquierda de esa sala discurre la gran escalera que viene del segundo piso. Y al pie de la gran escalera hay una salita que ellos llaman «jardín de invierno», anexa al patio interior donde vivía el ficus. Aquí está mi hermana con un kimono, tomando el desayuno en una mesa oval.

Me hace una señal con las cejas y vuelve a bajar la cabeza, con el cabello cubriéndole el rostro, entretenida con unas fotos que mira y organiza en pequeños montones. Me preparan el servicio frente a ella, un poco distante, y en las fotos que ella me pasa sin mirarme no hay personas, solamente parques, calles, alguna nieve, paisajes repetidos que despacho en medio minuto. Deben ser fotos del inicio del viaje, cuando estaba sola y emocionalmente deprimida; aunque tenga hecho un curso de fotografía, sus encuadres son irregulares, la luz insuficiente o excesiva, como si hubiera querido liquidar rápidamente el carrete. En las fotos que apila fuera de mi alcance, imagino que aparece con la piel fresca, quizás abriendo los brazos sobre un puente, después de haber enseñado a un desconocido a manejar la máquina. Y en las fotos más recientes, que coloca de pie detrás del recipiente de la leche, creo que entran los amigos que ella siempre va haciendo, y los amigos de los amigos, y los artistas, y las autoridades, y las luces del barco en la cena de despedida.

El camarero entra con una bandeja, sin que yo haya oído a mi hermana llamarle, y recoge las fotos separando los montones. Iba a pedirle ver la serie completa, pero mi hermana levanta el rostro y me pregunta si no he visitado a mamá. Dice que mamá ha estado tan sola, ni servicio quiere, tiene sólo una mujer por horas que va los martes y los jueves, pero ella cree que esta mujer no es compañía. Lo ideal sería contratar a una enfermera, pero mamá cree que una enfermera establece rápidamente demasiada intimidad, y en cualquier momento mamá puede tener una caída, porque cada vez ve peor. Al tiempo que habla, mi hermana esparce una capa de mermelada granate en la tostada, como esmaltando la tostada, después analiza, desiste del granate y remata con mermelada de color naranja; va a morder, cambia de idea, toma un sorbo de té y se admira de cómo una persona puede envejecer de la noche a la mañana, pues cuando papá murió la gente pensó que mamá iba a hundirse; nada de eso, continuó a mil por hora, iba al teatro, comía fuera, andaba a caballo por la finca, cómo le gustaba la finca, tomaba su whiskycito, jugaba al tenis, caramba, pensar que hasta el año pasado mamá jugaba al tenis.

La chiquilla surge corriendo a mi espalda y se echa al cuello de su madre. Viste

uniforme escolar, cartera sujeta a los hombros y trencitas. Mi hermana le da un pellizco en las mejillas, la sienta en las rodillas y juega al caballito, le hace cosquillas en las axilas, la besa con un beso de indio y hace de marciana de un solo ojo. Se ponen perfil contra perfil y permanecen así horas, queriendo ser una la cara de la otra. La niña dice «ya basta», salta al suelo, se lanza sobre las *cream cracker* y, por casualidad, nota mi presencia. Mi hermana le pregunta si no va a saludar al tío. Me extiende los brazos como queriendo echármese al cuello, pero de repente transforma las manos en dos pistolas, avanza hacia mí y casi me agujerea los ojos. Después suelta una carcajada seca, gutural, anormal en un niño; empieza a temblarle todo hasta perder el aliento, que recupera con un jadeo asmático, y arranca una nueva carcajada, y se ahoga, tiembla y carcajea, y va poniéndose azul. Viene la niñera y se lleva la niña fuera.

Mi hermana cruza los cubiertos limpios sobre el plato con la tostada, y sé que a esa hora ella acostumbra a arreglarse para salir. Presumo que el chófer ya está en su puesto con un mapa en las manos para llevarla a donde le mande, y ella debe mandarle cada día para un lugar diferente. Hoy tal vez anuncie el nombre de un barrio al otro lado de la ciudad, y al llegar allí dirá «creo que es allí», o «es en la próxima», o «ya se pasó», dejando en evidencia que más de una vez estará improvisando una dirección. Puede ser que le mande al chófer esperar delante de una pensión amarilla, y pase cuatro horas allá dentro, saliendo más compuesta que como entró y preocupada por llegar a casa, en hora punta. Puede ser que llegue al mismo tiempo que el marido, y los dos chóferes se emparejen en la cuesta de la urbanización. Tal vez suba con el marido a la habitación, y mientras se desviste diga que pasó cuatro horas en una pensión amarilla de una ciudad-dormitorio, pero no sé si el marido le creerá o prestará atención. No sé si el marido se sentará en la cama y se aflojará el cinturón, y le pedirá que se quede tal como está, con las manos en el pelo. Tampoco sé si el marido sabe que de vez en cuando ella me da dinero. Sin que yo haya notado a mi hermana hacer ninguna señal, el camarero trae una bandeja con un talonario de cheques y la pluma de plata.

Rellena el cheque, y su pelo castaño no me permite ver si está realmente sonriendo, ni si esa sonrisa quiere decir que soy un pobre diablo. La firma negligente, junto a la sonrisa que no puedo ver, quiere decir que aquel dinero no le hará falta. El ruido áspero del cheque arrancado de un solo golpe tal vez signifique que ésta es la última vez. Pero la manera de encubrir y dejar el cheque al lado de mi taza, como quien pasa una carta buena, y de retirar la palma acariciando el mantel, como quien apaga algo y dice «olvídalo», significa que podré contar con ella siempre que lo necesite. Se levanta y dice que va con retraso, dice «estás en tu casa», no sabe si sonreír, moja los labios con la lengua, se echa el pelo detrás de la oreja y se va.

Al andar, mi hermana ejecuta un movimiento claro y completo. Parece que el cuerpo no ejecuta nada, el cuerpo deja de existir, y bajo el kimono de seda sólo hay movimiento. Un movimiento que ejecuta las formas de un cuerpo, bajo el kimono de

seda. Y yo me pregunto, cuando ella sube la escalera, si no es un cuerpo disimulado así el que las manos tienen mayor deseo de tocar, no para encontrar la carne, sino soñando palpar el propio movimiento. Algunas mujeres tienen mucha conciencia de esas cosas. ¿Pero tienen conciencia todo el tiempo? ¿A cualquier hora del día? ¿En cualquier situación? ¿Delante de cualquiera? Y, de repente, mi hermana da media vuelta en lo alto de la escalera, tan de repente como si fuera a sorprenderme, como si fuera para saber si la estaba mirando y cómo. Mi hermana se vuelve en la escalera solamente para decirme de nuevo «no te olvides de mamá».

Me quedo desequilibrado, solo en aquella mesa oval, mirando la miel, el queso de cabra, el té de rosas, pensando en mi madre. El camarero trae una bandeja con el teléfono inalámbrico; es un aparato de teclas minúsculas, que pulso deprisa y sin mirar apenas, como queriendo resbalar a otros números. Oigo sonar una, dos, cinco veces, teléfono de casa de viejos. Mamá lo coge, pero no dice nada, nunca dice nada cuando coge el teléfono porque le parece vulgar que una mujer diga «¡hola!». Yo digo «mamá», y puedo sentir cómo se pega el teléfono a la oreja, para frenar el temblor de la mano izquierda. El camarero entra con un carrito, pregunta «¿ha terminado?» y retira los platos sin apilarlos. Yo repito «mamá», pero no tengo mucho que decir, y el camarero arruga la servilleta que yo había dejado intacta delante de mí, en forma de canoa. Mamá no debe haber comprendido que era yo, y poco después se corta la línea. El camarero pasa una especie de espátula por el mantel azul celeste, recogiendo las migajas de las *cream cracker*, mientras yo invento unas palabras en el auricular.

Llego a la estación de autobuses con un dineral en cada bolsillo del pantalón, cuatro tacos de billetes pequeños porque el cajero del banco se empeñó en cambiarme así el cheque. El pantalón me está justo y las protuberancias saltan a la vista. Encuentro un servicio vacío y separo el dinero del pasaje. El hombre de la ventanilla examina cada billete, anverso y reverso, aunque no sean muy viejos ni demasiado nuevos. Con el pasaje en la mano voy de plataforma en plataforma para no exponerme tanto. Camino entre la gente en línea recta, pero me parece que me cruzo siempre con las mismas personas. Y esas personas parecen también admirarse de verme pasar tan repetidamente. Vuelvo al servicio y, encerrado, espero la hora del autobús.

En este autobús conviene no dar cabezadas. A mi lado se sienta un tipo flaco, con camisa a cuadros, que ya había visto recostado en una columna. Estamos hombro con hombro en el mismo asiento, y no puedo ver bien su cara. Puedo ver sus manos, pero son manos de hombre como todas las manos sucias y cruzadas. Con la particularidad de que de vez en cuando abre los dedos de la mano derecha, uno a uno, dando la impresión de que calcula algo, y los cierra todos al mismo tiempo. Acto seguido abre toda la mano, para cerrar los dedos uno a uno, rehaciendo los cálculos de atrás a adelante. Calza sandalias de tiras y refriega el dedo gordo en la falange vecina, como quien contase dinero con los pies. No lleva maleta, ni bolsa, ni cartera, ni periódico, ni cómics, no tiene modos de viajante; pero tampoco llega a ser un viaje esa hora y cuarto de curvas y cuestas hasta Posto Brialuz, que es donde voy a bajar. Pido permiso y tiene que levantarse para dejarme paso. Digo «Posto Brialuz» al conductor y con el frenazo del autobús viene el tipo a cuadros por el pasillo, atropellándome casi. Bajo del autobús y él detrás. Doy cuatro pasos por el césped y giro el cuerpo de repente, algo así como lo que le vi hacer a mi hermana. Pero el tipo ha cruzado ya la carretera y sube por el talud que se abre a otros lugares.

Encontrar abierta la cancela de la finca me perturba. Pienso en los portones de la urbanización, y por un instante aquella cancela abierta de par en par es más impenetrable. Siento que, al cruzar la cancela, no estaré entrando en un lugar, sino saliendo de todos los demás. Desde allí diviso todo el valle y sus límites, pero aun así es como si el valle cercase el mundo y ahora yo entrara en un afuera.

Después de la estúpida indecisión, noto que ése es verdaderamente mi deseo. Piso el suelo de la finca y estoy fuera. Piso el suelo de la finca y como garantía decido cerrar la cancela detrás de mí. Pero está agarrada al suelo, incrustada e integrada en el barro seco. Cuando dejé la finca por última vez, hace cinco años, debí dejar la cancela abierta y nunca vino nadie a cerrarla.

Abandoné y olvidé esto durante cinco años. Tal vez la inercia de la finca en mi mente, más que la larga sequía, explique ahora esa claridad dura, el paisaje aplastado. Vencida la cancela, ya no sé por dónde pasar. Mi brecha puede ser la noche, que comienza a nacer allá abajo, en el fondo del valle. Aún hay sol en lo alto de las montañas, y la noche va subiendo por las laderas como si fuera petróleo. Me siento en la piedra redonda donde me sentaba cuando era pequeño, cuando pensaba que la noche llenaba primero el valle, y después trasvasaba a la tierra y al cielo.

Cuando la noche se consume, perfecta, sin luna ni estrellas, sin encantos, sin nada, salto de la piedra y voy bajando el camino de tierra batida finca adentro. La carreterita sigue recta hasta juntarse al riachuelo y envolverse con él. Pero no escucho el riachuelo. En verdad no sé si estoy pisando la tierra batida o algún camino vegetal. Más probable que me pierda yo por la finca es que el follaje haya invadido la carreterita y evaporado el riachuelo. Pero hay una música que me desorienta todo este tiempo. Me cuesta admitirlo porque nunca hubo música en la finca; pero hay músicas, muchas músicas ocupando todos los espacios, con la sustancia que la música tiene en lo oscuro. Casi resbalando sobre ellas llego al puente de tablas sobre el riachuelo.

Cruzo el puente y desde la otra orilla sólo se oye el riachuelo porque el agua absorbe las músicas. Hay una lucecita intermitente en la casa principal de la finca, pero no me hace falta para llegar al cogollo del valle, donde pensaba que nacía la noche. Y no ando lejos de mi destino cuando oigo el primer gruñido. En el yermo en que estoy, sólo puedo huir en dirección a la casa, y el volumen creciente de los latidos me da la impresión de estar corriendo al encuentro de los perros. Y, por huir en sentido contrario, me siento doblemente veloz; me imagino que penetro en la jauría como dos trenes que se cruzan. Me arrojo contra la puerta de enfrente, que está trabada por dentro con un pestillo. Rodeo el porche y los perros enmudecen en cuanto invado la cocina.

El viejo sentado en el taburete hace un gran esfuerzo para erguir la cabeza, y es justo el tiempo que yo necesitaba para reconocer a nuestro antiguo casero. Se dejó crecer el pelo que, salvo las raíces blancas, parece haberlo sumergido en un balde de asfalto. La piel de su rostro se ha vuelto más pálida y marchita de lo que ya era, y me mira fijamente con un aire interrogativo que no consigo interpretar; tal vez se pregunte quién soy, tal vez me pregunte si el tinte le cae bien. Pienso darle una palmadita en la espalda y decirle «cuánto tiempo, abuelo», pero la familiaridad sonaría a falso. Mi padre entraría soltando una carcajada en las narices del viejo, pasaría la mano por aquel pelo grasiento, tal vez diera un puntapié al taburete y dijera «¡levántate, canalla!». Mi padre tenía talento para gritar a los empleados; los

insultaba, los echaba a la calle, los mandaba volver, los despedía de nuevo, y en su entierro estaban todos allí. Si yo dijera «cuánto tiempo, abuelo», podría ofender, porque es otro idioma.

Sin avisar, el viejo da un salto de sapo y va a parar al centro de la cocina, señalándome. Lleva un pantalón atado con una cuerda por debajo de la cintura, y sus piernas grises son aún musculosas, los tobillos finos; es como si fuera de una raza mixta que no envejeciera por igual. Se aproxima con balanceo de jugador, pero con el tórax hundido y los brazos caídos, papada, la boca de labios gruesos abierta y con tres dientes, los ojos azules húmedos. Y me abraza, y me besa, y retrocede un paso, se queda mirándome como mira un ciego, no a los ojos, sino alrededor del rostro, como buscando mi aura. «Dios te bendiga, Dios te bendiga», dice. Después pregunta «¿Qué es de Osbênio? ¿Qué es de Claur?», y comprendo que esperaba a otra persona, a algún pariente, quién sabe.

Un racimo de plátanos verdes en el suelo de la cocina me recuerda que pasé el día a té y galletas. En la nevera, que es un mueble rechoncho que se abre por arriba, encuentro un jarro de agua, una cazuela con arroz y un tazón de guayaba en almíbar. Me instalo con el tazón en la mesa en la que antiguamente comían los empleados. El viejo adivina que pienso pasar algún tiempo en la finca y se emociona de nuevo. Cae sentado en la silla de al lado, y sus ojos vuelven a humedecerse, esta vez con lágrimas ácidas. El viejo cuenta que su mujer murió hace dos años, que él también está muy enfermo, que los hijos desaparecieron por el mundo. Se tapa una fosa nasal para sonarse por la otra y cuenta que con él se quedaron únicamente los niños. Que los otros, los de afuera, fueron llegando y lo dominaron todo, el granero, la casa del casero, la casa de huéspedes, y contrataron a gente extraña, y tiraron abajo la cuadra y se comieron los caballos. Y que los otros, los de afuera, sólo están esperando que él muera para tomar posesión de la casa, por eso duerme en la despensa, y los nietos esparcidos por el salón y por los cuartos. Cuenta que los patrones nunca aparecen, pero, cuando aparezcan, se van a aburrir una barbaridad.

Deposito un fajo de billetes sobre la mesa para que el viejo compre provisiones, pero, antes de que le explique, extrae una mochila de debajo de la mesa, echa el dinero dentro y dice «para qué es eso, mozo». Baja la mochila, sube una botella de Underberg, dice «con permiso», echa un trago y me ofrece la botella, que ha quedado con una burbuja de saliva en el gollete. Da otro salto y dice «voy a arreglarle el cuarto». Atraviesa la casa corriendo y va derecho al cuarto que siempre fue mío.

Debí haber dejado que el viejo echara a los niños. Cuando entro en el cuarto el niño y la niña están bien despiertos, en cuclillas sobre la estera delante del televisor. El niño, de unos siete años y la cabeza rapada, me mira sin verme y toma de nuevo el mando del videojuego. La niña, de unos ocho o nueve, de melena rizada, densa y sesgada, sonrío y no deja de sonreírme. Me arranco la ropa, que

parece engomada de sudor seco, y me acuesto en calzoncillos en la cama que siempre fue mía, en el colchón de paja sin sábanas. Para los niños, el viejo trajo una vieja colchoneta a rayas que era de la tumbona de la piscina.

No me preocupé de los niños porque pensé que iba a acostarme y dormir, pero mis pestañas titilan con el reflejo del videojuego. En la pantalla palpita una figura semejante a un intestino, por cuya tubería corren animalitos verdes. Por algún motivo, esos tubos a veces se obstruyen, obligando al chaval de la cabeza rapada a retorcerse con el mando en las manos. En consecuencia, los animalitos chocan unos contra otros, impeliéndose como las bolas de billar y emitiendo *bips*. También ocurre con ellos que se aplastan contra las paredes de los tubos, en una reacción en cadena que provoca la explosión del intestino, acompañada de una alarma y un relámpago. Los animalitos flotan en la pantalla blanca y el juego vuelve a empezar innumerables veces, pero en cierto momento la niña de la melena, que incitaba al hermano, da un bostezo profundo y se levanta. Entreveo su trayectoria de la televisión a la colchoneta rodeando la cama, rodeándome, deteniéndose, volviendo para coger una gomilla, y, a contraluz, es una adolescente que oscila en mis pestañas. Me mira y su rostro tendrá como máximo diez años, por los dos dientes delanteros aún arraigados en la encía, por el pelo imposible de peinar, por la nariz que moquea. Pero el pequeño cuerpo que camina es de mujer hecha, que escoge cada paso con un criterio de cuerpo, y que por ello camina más con orgullo que con dirección, la camiseta hasta las rodillas con la inscripción *Sólo Jesús salva*.

La comezón de la paja en mi piel, la presencia de la guayaba dulce en mi estómago, las incomodidades del cuerpo son sólo una distracción del insomnio. El verdadero insomnio comienza cuando el cuerpo está adormecido. Medio embotado, el cerebro no tiene buenas ideas, y es incapaz de resistir la llegada del hombre de la mirilla, por ejemplo, que puede ser un amigo al que perdí de vista, y que vendría a hablar de cosas pasadas, y que no soportaría mi indiferencia y que, si fuera un sueño, se arrancarían exasperado su propia barba y no tendría mandíbula, convirtiéndose en el propietario del inmueble que viene a cobrar el alquiler. Pero todavía no cogí el sueño y nada le debo al propietario, puesto que mi hermana es la avalista, adelantó seis meses a título de fianza, y, cuando mamá muera, mi parte en la herencia no es suficiente para pagarle a mi hermana, por eso ella puede haberle dado mi dirección a un abogado, a un oficial de justicia, a un notario barbudo en la mirilla. Estoy a punto de coger el sueño cuando recuerdo que quien tiene mi dirección es mi ex mujer; le dejé un recado en su casa, un mensaje formal, mejor dicho un comunicado irónico, mejor dicho un áspero aviso, y mi ex mujer no iba a anotar mi dirección en su agenda, ¿para qué?, para dársela al hombre de la mirilla que puede ser su enamorado, y me imagino al hombre de traje y corbata y barba en la cama de mi ex mujer. Un enamorado suyo, ¿qué iba a exigirme?, ¿consejos?, ¿pensión?, ¿confidencias?, ¿indemnizaciones? ¿Celos retroactivos? ¿Un amante argentino de mi hermana, de pelo liso, traje marrón y corbata, dando vueltas en el descansillo de la escalera con mi

ex mujer? Al poco rato, los pensamientos acumulados en la cabeza se van acomodando, bien o mal se encajan unos con otros, y es un consuelo cuando cesa la fricción de los pensamientos, y la cabeza va cerrándose, apretándose en ella misma, quedando como hueca por fuera. El sueño llega como un barco por la espalda, y para partir es necesario estar distraído, pues si miras el barco pierdes el viaje, caes en seco, vuelcas donde ya estás. Y el chaval de la cabeza rapada continúa sorbiendo y jugando al videojuego. Y la niña de la melena continúa mirándome, sonriendo. Y aún no ha amanecido.

Ahora la niña se levanta de la colchoneta, viene andando como un péndulo, se aproxima despacito, esa cría va a querer dormir conmigo, se arrodilla, acerca su rostro al mío, va a besarme, piensa que estoy durmiendo, desliza su hálito por todo mi cuerpo, desciende al pie de la cama, coge mi pantalón y vacía los bolsillos. Quiero reaccionar y no puedo, mi cuerpo está adormecido, mi cerebro, mi boca no consigue decir «¡eh!». La muchacha de la melena toca al hermano y los dos escapan.

La ventana de mi cuarto da al porche y tengo la sensación de que he dormido en una pista de carreras. Llego a la persiana y cuento hasta veinte niños saltando y gritando debajo de la ventana. Una moto roja irrumpe por detrás de la casa, atraviesa el patio y sube por la rampa, donde traza una larga curva con la máquina en posición horizontal. Baja la rampa en una zambullida y, en el instante justo en que desaparece por el lado izquierdo de la casa, reaparece ya por la derecha. Echa chispas en el cemento del patio, sube la rampa, da la curva inclinada, se zambulle, y esta vez va tan acelerada que ya asoma por un lado antes de desaparecer por el otro. Para cerrar el circuito, fulgura en el cemento, asalta la rampa y sigue adelante, llegando a volar cuando alcanza la explanada. Y reaparece inmediatamente por detrás de la casa, sobrepasa la rampa con las ruedas en el aire, y aparca junto a la moto que esperaba en la explanada, porque las motos rojas son dos.

Ahora el casero viejo irrumpe en la explanada con un vaso de Underberg en la mano y silba hacia las motos con dos dedos en la boca. Los niños ríen, aplauden, arrojan limones al viejo. Una de las motos apunta hacia él y se acerca tomando impulso en la rampa. El viejo levanta el vaso, se cubre el rostro con la otra mano y se dobla de tal manera que la moto parece que lo atravesó sin derribarlo, ni siquiera el vaso. El brazo de viento hace que su cuerpo gire noventa grados y se detenga frente a la segunda moto, que ha rodeado la piscina y baja embalada en diagonal. El viejo se tambalea, y el tambaleo es su salvación porque la moto imprime tal velocidad que ya no hay modo de esquivarla o frenar. Los chavales dicen «¡ole!» y corren al patio para vitorear al viejo, que bebe la Underberg con las piernas cruzadas.

No sé lo que tardo en saltar por la ventana e ir detrás de los chavales. Cuando me veo en calzoncillos en el patio, ya no puedo retroceder con naturalidad. Tengo al menos que darle la mano al viejo, pero él me evita, no me reconoce y se va, mirando

el fondo del vaso vacío. Los chavales se dispersan y las dos motos me vigilan desde la explanada. Apuntan hacia mí y voy retirándome sin mirar atrás. Oigo el ronquido de los motores y tengo prisa por alcanzar el porche. Cuando salto dentro del cuarto, los veo bajar en punto muerto, serpenteando por la rampa. Enfilan el porche, frente a mi ventana, mientras acabo de vestirme. Una tercera moto, que hasta entonces no había visto, baja del campo de voleibol con el motor parado, y se coloca entre las otras dos. No puedo ver sus rostros porque usan cascos, pero enseguida noto que el tercer piloto es superior a los otros, en cilindrada y autoridad. Su moto es mucho más roja, y ancha como un caballo, con clavos de bronce, espejos, distintivos y adornos, además de una antena en espiral que debe llegar a los cuatro metros. Lleva anillos en todos los dedos y, reflejando el sol de la mañana, sus puños parecen dos faros sobresalientes. Se apea de la moto, en lo que es imitado por los dos ayudantes. Sube al porche, siempre seguido por los dos, y para a tres metros de mi ventana. Con una voz incluso delicada, pregunta quién soy y qué hago en aquella propiedad. Me pasan varias cosas por la cabeza, pero no encuentro una buena respuesta. Miro a los lados pensando en el viejo, pero el viejo no está. El de los anillos pregunta quién me creo que soy y qué coño hago en aquella propiedad. Veo a los chicos alineados en la parte alta de la finca, cerca del riachuelo. Miro al suelo, y estoy descalzo, no tuve tiempo de vestirme del todo. Los dos comparsas empiezan a restregar sus botas en las maderas del porche, como si apagasen puros, y con ello producen un chasquido desagradable. El jefe mete la mano en el forro de la cazadora de cuero, va a sacar algo de allá adentro. Saca un reloj antiguo de bolsillo, tipo cebolla, y dice que tengo cinco minutos para desaparecer del mapa.

Fue el viejo casero quien me dio un dinero arrugado para volver a la ciudad. Desde la cabina de la estación llamo a mi madre y cuelgo enseguida. No quiero ir a su casa de manera alguna. Pero, al mismo tiempo, quiero quedarme en algún rincón, tengo que tomar un baño, necesito lavarme la cabeza. Vuelvo a llamar y mamá debe estar sentada en el butacón, hojeando una revista de modas que ya no son para ella, y tal vez por eso le irrite el teléfono. Creo que sólo se levanta a la tercera llamada, y se arrastra hasta el aparato, que tiene el hilo corto y está en el pasillo. Entre la quinta y la sexta señal tiene que detenerse para toser, pues la gente mayor no sabe toser mientras anda. Sólo a la octava señal mamá pone la mano en el teléfono, pero algún impulso me hace colgar un segundo antes. Doy tiempo a que se instale de nuevo en el butacón y marco otra vez. Esta vez dejo que el timbre suene diez, doce veces, podría sonar doscientas y no lo cogerá. Y desde la bajada de la sierra algún impulso me decía que hoy acabaría yo llamando a mi ex mujer.

El contestador automático dice que está en la Alfândega, teléfono tal, y que después de la señal deje el recado. Llamo a la Alfândega, responde un hombre con voz ronca, pregunto por ella. Atiende con un «hola» y yo digo «hola, soy yo», queriendo correr el riesgo de oír «yo, ¿quién?». Pero ella dice un «¿qué quieres?» que no deja duda, sabe muy bien que soy yo. Sólo quiero un pequeño favor y ella dice «lo sé». Necesito hablar con ella y ella dice «aquí no».

La Alfândega es una *boutique* cara en un *shopping* concurrido en la manzana más noble de la zona sur. Vende ropa de importación, creo, nunca entré. Entro ahora por primera vez, y no causo buena impresión. Una mujer que fue bonita, y que debe ser la dueña, en vez de atenderme me mira especulando, analizando mis zapatos. El dependiente de rostro pálido vuelve el rostro, y mi ex mujer, detrás del mostrador, pone una boca que parece estar prendiendo la risa. Me acerco más y observo que no, que es por un alfiler que tiene en los labios, y lo escupe en la palma de la mano discretamente para decir «espera ahí fuera». Salgo con dignidad, pasando el dedo por la ropa. Esa ropa está esparcida por la *boutique* con cierto descuido, no para fingir que es barata, sino para advertir que no está muy a la venta.

Mi ex mujer pasa junto a mí velozmente, y dice algo de pizza en la entreplanta. Yo prefería comer fuera, pero ella siempre va delante de mí y ahora ya está en la escalera mecánica, que sube andando. Viste unas bermudas holgadas, pero puedo adivinar que su cuerpo no ha cambiado. Se sienta en un banquito de la pizzería y le

veo los senos de reojo. Lleva los hombros desnudos, y la piel tiene el tono exacto de quien va a la playa y no toma el sol. Si le dijera todo lo que estoy pensando en ese instante, le gustaría oírlo; pero al instante siguiente casi le pregunto si no produce varices eso de pasar el día de pie en una *boutique*. Porque llevamos seis meses sin hablarnos, o porque antes de eso ya lo habíamos hablado todo, o porque en esos seis meses todo lo que habíamos hablado antes se convirtió en ruido, es muy difícil retomar la conversación.

Ella dice «¿qué quieres?» con aquel mismo tono del teléfono. Como ha cogido la carta no sé si elegir la comida o empezar a contarle mi problema. Mi ex mujer no me mira ni mira al menú; mira fijamente a ningún lado, como quien habla por teléfono. Y repite «¿qué quieres?» con la prosodia exacerbada de una llamada defectuosa. Digo que estoy metido en un lío serio, y ella dice «lo sé». Digo que hay gente siguiéndome, y ella dice «sí». Digo que me pueden matar, y consigo despertarla. Pero en vez de aprensión o pánico, pone cara de disgusto, como si morir fuera sucio. Y dice «has caído más bajo de lo que pensaba».

Pido pizza de *mozzarella*, aunque pensando que desentonamos ya con la pizza, con esta pizzería, con este *shopping*. Envidio un poco las cabezas que despuntan en el vacío, que suben curiosas unas tras otras por la escalera mecánica, cabezas que estiran el cuello, y van creando un cuerpo, y crean pies que saltan en el entresuelo y se transforman en personas que agitan cabezas que hablan, guiñan, ríen y mastican triángulos de pizza.

Finalmente mi ex mujer chasquea con la lengua y dice que lo siente mucho, pero no ve cómo ayudarme. El «lo siento mucho» lo pronuncia con el corazón, y el suyo es un corazón inestable. Ahora está casi pidiendo ayudarme. Lo que le dijera la enfurruñaría, pero lo haría. Si le pidiera dinero, tardaría un poco pero me lo daría. Sería capaz de acogerme de nuevo en casa hasta que pasara el peligro. Y sin duda volvería enseguida a hablarme como antiguamente, con el mismo tono que usaba siempre para decir «te amo más que a nada» cuando nos conocimos, cinco años atrás. Decía «te amo más que a nada» en mitad del almuerzo, lo decía en el cine, en el supermercado, delante de los demás; a mí me parecía extraño que lo dijera a todas horas, pero acabé por acostumbrarme. Corazón inestable. Un día volvió del médico, me llevó de la mano hasta la habitación, estaba muy colorada y me dijo que había dado positivo, estaba esperando un hijo. No la entendí. Ni sabía que hubiera ido al médico. Y tener un hijo era, en mi cerebro, una noticia que entraba, se agitaba allá adentro, y no conseguía formarme una idea. No sé cuál fue mi reacción en aquel momento, ni recuerdo si dije algo. Sólo recuerdo que su rostro palideció con una rapidez como nunca había visto, como si toda la sangre hubiera caído por un agujero. Me preguntó si era yo un monstruo sin sentimientos. Pero con el paso de los días acabé también acostumbrándome a la idea del hijo; mejor aún una hija, pues dicen que está más ligada al padre. Llegué incluso a pensar darle a la niña el nombre de mi hermana. Hasta que un atardecer mi mujer volvió del médico con una cara horrible,

dio un portazo en el cuarto y dijo que había abortado. Se echó en la cama sollozando sin dejar de repetir «¿estás satisfecho?, ¿estás satisfecho?». Creo que fue entonces cuando dejó de amarme más que a nada.

Mi ex mujer mira el reloj cada veinte segundos, y deduzco que está preocupada por la dueña de la *boutique*. El camarero me entrega la cuenta y ella se anticipa, saca unos billetes de la cartera, y con las prisas deja caer tres tarjetas de crédito. La acompaño de vuelta y se despide desde la escalera mecánica. Dice adiós andando, dactilografiando en el aire con la mano izquierda, y le digo que olvide mi dirección antigua, porque pretendo instalarme en un aparthotel. Ella dice «buena suerte», pero cerca de la *boutique* recuerdo que tengo alguna ropa en su casa. Ella dice que es poca cosa, que ya lo ha metido todo en una maleta, y que el botones de la *boutique* llevará luego la maleta al aparthotel. Se acerca una mujer con cara de jugadora de bridge, saluda a mi ex mujer y le pregunta por la túnica. Mi ex mujer se dispone a entrar con la clienta en la tienda, pero le toco en el hombro y le explico que no puedo registrarme sin equipaje en un aparthotel, con la ropa totalmente sucia y sin afeitarme, con una pinta de delincuente ante la que ningún portero me dejaría entrar. Me pide que hable en voz baja, pero la dueña de la Alfândega aparece en la puerta, el dependiente pálido detrás, y la jugadora de bridge no sabe si irse o quedarse. Mi ex mujer abre la bolsa, saca un llavero que es un corazón de acrílico, y dice «coge ahora tu maleta y me devuelves luego las llaves», palabras que consigue decir casi sin mover los labios.

Cuatro años y medio viví con esa mujer. Pero viví encerrándome con ella, el café en la cama, el teléfono descolgado, sin dar la cara en la calle. Un helado en la esquina, como máximo una sesión de tarde, algunas compras para la cena, y casa. Acepté algunos empleos que ella me buscó, la segunda semana caía enfermo, y casa. El último año fue ella la que empezó a trabajar fuera. Argumenté que ella tenía título universitario, que podía esperar mejores oportunidades, y dije «no vas a adaptarte». Pero se adaptó, tenía estilo, le tomó gusto, llegó a gerente de ventas y nunca tuvo ni un resfriado. Yo la esperaba en casa. Me habitué a estar sin ella en casa, andaba desnudo, cantaba. Cambiaba la decoración de la sala, planeaba empapelar las paredes. Me gustaba ya más la casa sin mi mujer. Solo en casa tenía más espacio para pensar en mi mujer, y era en ella fuera de casa en quien más pensaba. A veces ella llegaba muy tarde por la noche, e iba al baño y bullía por la cocina, y ponía la televisión sin necesidad, y eso me daba una especie de celos de la casa. Prefería no verlo y con frecuencia fingía estar durmiendo. Por la mañana la dejaba despertar sola, abrir y cerrar los cajones, abrir la ducha, conectar la licuadora e irse al trabajo. Sólo entonces empezaba mi jornada, que era andar de un lado para otro de la casa, acordándome de mi mujer y arreglando las cosas. Un día ella propuso separarnos. Lo entendí y dije que continuaría pensando en ella de la

misma manera, toda la vida. Dejar la casa fue más difícil. No sabría cómo recordar la casa. Era dentro de la casa donde me gustaba la casa, sin pensar.

Me veo ahora de nuevo con las llaves en la mano, pero no tengo prisa; es tan sólo su casa, una dirección, un apartamento en el bajo del bloque lateral de un edificio en L en una calle sin salida de un barrio húmedo. De aquí hasta allí hay una buena distancia, y en el camino está mi antiguo barrio, las calles por donde andaba antes de casarme, farmacias, panaderías, quioscos, hombres y mujeres con quienes me trataba, y sabía el nombre de cada uno. La pizza salada me reseco la boca. Entro en un bar y compruebo que allí no hay nadie de mi época. El camarero es nuevo también y si le pido una caña sin pasar antes por caja es capaz de no atenderme. Le pido agua del grifo, pero no me escucha, sigue pasando un paño mojado por el mostrador de formica. En el extremo del mostrador, un pasillo que sólo puede atravesarse andando de costado conduce a un urinario de olor muy pesado. Hay también un lavabo y me inclino sobre él, pero no hay agua. Pasado el urinario, el pasillo prosigue hasta un trastero descubierto, con un montón de cajas llenas de botellas vacías. Me entran ganas de escalar aquellas cajas. Escalo, llego a la cima y respiro aire limpio. El fondo del bar da al fondo de un edificio de apartamentos. Consigo apoyar las manos entre los cascotes de botellas que están unidos con cemento en la cresta del muro. Si pusiera un pie en el muro no sería difícil echar el cuerpo hacia el otro lado. No tengo intención de saltar al otro lado. Pero tampoco tiene sentido bajar de las cajas, pasar de nuevo por el urinario hediondo, pasar junto al camarero y acabar en la calle donde estaba, sin haber bebido siquiera agua del lavabo.

Salto el muro y caigo en el parque infantil del edificio. Bajo ligero por una escalera que da al garaje subterráneo, y creo que nadie me vio. Un coche acaba de salir y el portón de la calle está abierto. Ya en la acera, un grupo de muchachos se acerca hablando alto, riendo y balanceando llaves. Cruzo la calle y entro en el pequeño jardín de una casa donde funciona una academia de ballet. Doy la vuelta a la casa, reconozco el patio con almendros, y recuerdo que aquí vivía un conocido mío, uno que daba fiestas y tenía una hermana paralítica.

Amigos de verdad, sólo recuerdo uno. Era algunos años más mayor y decía que yo tenía futuro. Vivía leyendo diarios, revistas especializadas, después me decía que todo era mentira. Recibía correspondencia del extranjero, oía a los clásicos, iba a publicar en breve un tratado polémico sobre ya no sé qué materia. Inventó y quería enseñarme una lengua llamada desesperanto, y había organizado una gramática y un extenso vocabulario. Se dedicó un tiempo a la escultura comestible; levantó en el apartamento una ciudad entera de mazapán, pero nunca llegó a exponerla. Era también dado a premoniciones; hacía ciertos pronósticos de los que él mismo se asustaba y enmudecía durante una semana. Y parece que había en su pasado una historia conocida y admirada por gente de su generación. De esas historias nunca me habló y por eso le admiraba más. En el bar, cuando bebía más de la cuenta, o cuando ya llegaba con el pensamiento cargado de estimulantes, recitaba poemas. Había

noches, generalmente noches de sábado en que se llenaba el bar, que dejaba caer el flequillo negro sobre la frente y se empeñaba en declamar en francés. Yo me quedaba cortado porque declamaba demasiado alto y mirando hacia mí, y las demás personas de la mesa no entendían los versos. Él creía que yo captaba el sentido. El resultado es que únicamente sobrábamos nosotros dos en la mesa, porque las pocas personas que soportan la poesía no soportan el francés.

No sé lo que aquellas personas pensaban de mí, de mi amigo, de nuestra amistad. Pero cuando estaba lúcido y hablaba de cosas que para mí eran revelaciones, los demás apenas lo escuchaban, lo miraban con el rostro ausente. Era como si estuviesen separados de él, no por una mesa, sino por estratos de tiempo. A veces yo creía que él prefería decir cosas que los demás sólo pudiesen comprender muchos años después. Las palabras que buscaba, las pausas, y sobre todo su tono de voz, tan grave, me hacían creer que era de esas pocas personas que saben pensar y hablar con el tiempo dentro. Hoy, sin embargo, cuando intento acordarme de lo que él hablaba, oigo claramente su voz, libre de palabras. Y si pienso en mi amigo es porque, al saltar del límite de una escuela pública al terreno de una casa en demolición, me doy cuenta de que él vive o vivía en esta misma avenida sin árboles, en el edificio más antiguo del barrio, un edificio remetido y gris con un bar al lado.

Pretendo pasar de largo. Son las tres de la tarde y es muy probable que mi amigo esté aún durmiendo. No tengo nada que decirle, ni él tendrá ánimo para abrir la boca. Si subo, no sé si me abrirá la puerta; me verá por la mirilla, y tal vez se haga el muerto hasta que me vaya. En el caso de que abra la puerta, tal vez me sorprenda por encontrarlo igualito que hace cinco años. Tal vez sólo me parezca algo más bajo de lo que era, dos centímetros como mucho, pero hasta es capaz de llevar la misma camisa de vestir por fuera del pantalón, con la misma mancha de café en el cuello. No habrá perdido ni un pelo de su cabello negro, que le caerá sobre la frente exactamente como la última vez que lo vi. Casi desearé abrazarlo, entrar como entraba en su apartamento, estirarme en el sofá de la sala y dormir hasta mañana. Pero, al mirarlo con mayor atención, tal vez vuelva a intrigarme su estatura; mi amigo era más alto, cosa de nada, pero lo era. Después de cinco años, sería normal que estuviera encogido de hombros, con el estómago dilatado o una pequeña desviación de columna. Pero él permanecerá erguido, como si le hubieran simplemente cortado dos centímetros de la tibia. Eso no me parecerá honesto. No sabré lidiar con alguien que me dé la impresión de ser una copia de mi amigo. Que se pase la mano por el pelo como él se pasaba, y que me enerve, porque cuanto más perfecta sea la copia mayor será la sensación de logro. Y que se muerda la lengua por el lado derecho, como él se mordía cuando no le gustaba algo, pues tal vez él también desconfíe de que yo soy una copia. Y que me vea allí plantado, y que sabiendo que tengo la boca amarga no me ofrezca un vaso de agua. Y que diga «con permiso», con voz de barítono, y que me cierre la puerta en las narices.

Veo tumulto frente al edificio de mi amigo. Aglomeración, un coche celular, dos

coches-patrulla, un coche fúnebre, varios coches de prensa, guardias desviando el tráfico. En medio de la gente comprendo que ha habido un crimen, alguien ha muerto acuchillado y estrangulado. Está llegando la sirena de un segundo coche celular, y los empujones acaban llevándome al meollo del acontecimiento. Un cordón rojo aísla la acera del viejo edificio, formando una especie de *ring*. La televisión entrevista al portero bajo la marquesina de la portería. Debe ser difícil filmarlo, porque el portero mira al suelo y no habla bien, parece un condenado. Pienso que él es el criminal, pero enseguida me convenzo de que únicamente está muy avergonzado por su edificio. El periodista pregunta si la víctima acostumbraba a recibir a muchachos, y el portero dice que sí con la cabeza, más confesando que asintiendo. La entrevista se ve interrumpida por una bajita, con cara de india y pañuelo en la cabeza, que se suelta de un policía y embiste contra el portero gritando «¡diga que conoce a mi hijo, miserable!». El policía levanta a la india bajita y la deposita fuera del cordón de aislamiento. Ella pasa de nuevo bajo el cordón y ahora se dirige al público. Dice «¿no está la televisión ahí?» y añade «¿nadie va a entrevistarme?». Un joven que se presenta como reportero del *Diário Vigilante* pregunta qué hacía el sospechoso en el lugar del crimen. Ella dice «¿qué sospechoso?» y «¿qué lugar del crimen?», y dice «mi hijo vino a verme, lo detuvieron al entrar en el edificio, si fuese sospechoso estaría huyendo», y dice «¿dónde se ha visto que un sospechoso huya para adentro?». Sin más ni más empiezo a ponerme a favor de la madre india. El del *Diário Vigilante* va a hacer otra pregunta, pero ella lo interrumpe y dice que trabaja en el 204 hace quince años, que todo el mundo sabe quién es ella, que aquel miserable conoce a su hijo y no lo defiende porque tiene prejuicios de color. Intenta atacar de nuevo al portero, pero la agarra el policía. Otro reportero de televisión indaga del portero si la víctima era homosexual. El portero contesta entre dientes «eso no lo sé porque nunca lo vi». La india responde a *Rádio Primazia* que prendieron a su hijo por no llevar documentos. Dice «mi hijo volvía de la playa, no es un crimen ir a la playa, nadie va a la playa con la cartera de trabajo metida en el bañador». Un tipo detrás de mí dice que también es de un periódico y pregunta «en definitiva, ¿la maricona era artista o qué?». Ella responde «qué sé yo, la maricona parece que era profesor de gimnasia». Se aproxima el reportero de *TV Promontório* diciendo «oímos también a la madre del principal sospechoso». Entonces la india pierde la razón, coge al reportero por las solapas y rompe a llorar en el micrófono y a gritar «¡no es un criminal!, ¡mi hijo es un chico decente!», pero el cámara, que está subido en el capó de la furgoneta, grita «¡no vale!, ¡no se ha grabado nada!, ¡cambia la batería!». La india deja de llorar, mira hacia el sector de la prensa y dice «¡imagínese a mi hijo, que además está enfermo, estrangulando a un profesor de gimnasia!». Vuelve el reportero de *TV Promontório* y le pide que repita la conversación anterior, que a él le pareció muy fuerte. Me quedé con ganas de que no lo repitiera, pero no sirve de nada, ya está ella llorando más que antes y gritando «¡no es un criminal!, ¡mi hijo es un chico decente!, ¡es serio y trabajador!». Yo hubiera preferido que no hiciera aquella escena, porque salió

confusa y va a comprometer más aún a su hijo en la televisión. Y cuando dijo que su hijo era serio y trabajador, justo en aquel instante, el muchacho apareció en la portería, y la cámara lo captó bajando a la acera con un ceñido bañador de goma imitando piel de leopardo. Es un negro del tamaño de cuatro madres, en realidad más fofo que fuerte. Viene empujado por los guardias, lleva las muñecas esposadas y el cuerpo curvado hacia adelante, pero camina con la cara levantada y ríe. Ríe a la cámara del capó, ríe hacia las ventanas de los vecinos, le ríe a nadie, ríe al sol, y yo creo que aquello en su boca no es en verdad una risa. La madre intenta agarrarlo, una muchacha grita «¡macizo!», otra grita «¡drogadicto!» y el muchacho es arrojado al fondo del coche celular. La madre se desgañita, araña con las uñas en la puerta trasera del coche, quiere penetrar por las grietas de la puerta. Consigue finalmente que la cojan y la encierren en el segundo furgón. Los dos vehículos disparan las sirenas y parten en medio de abucheos.

Dos funcionarios con chalecos del Instituto Médico-Legal salen ahora del edificio transportando el cuerpo, envuelto en mantas y sábanas, y los que están próximos, incluso los clientes del bar, enmudecen. Llego a notar el flujo del silencio, y es como un silencio que viniera por debajo del suelo, y el suelo se enrollara como una alfombra que fuera apagando todos los ruidos hasta el otro lado de la avenida. El cuerpo pasa delante de mis ojos. El primer funcionario, de nariz hinchada, lo coge por las axilas, dejando que penda la cabeza como un saco. El segundo lo abraza por detrás de las rodillas y, con paso incierto, lo encoge y extiende como un fuelle. Los pies del muerto quedan al descubierto, y son pies cuidados, tan sólo las plantas algo mugrientas, pero son pies que me parecen enormes, son pies que debían calzar un cuarenta y seis, cuarenta y siete. Meten el cuerpo en una caja corrediza del coche fúnebre. Esperaba que gotease sangre, pero no goteó.

La partida del coche fúnebre desencadena el tráfico. Se van los equipos de televisión, se deshace el cordón de aislamiento, la gente circula, y el portero parece sentir el brusco desamparo de la celebridad, aunque haya sido un tímido artista; levanta el rostro y mira alrededor, antes de recogerse en el interior del edificio. Queda sólo un coche-patrulla con dos ruedas sobre la acera, y dos policías en la portería. Si entrara ahora a visitar a mi amigo, seguro que me harían preguntas. Entro en el bar de al lado, y el mostrador está repleto de codos. Hay un urinario al fondo, pero arrancaron la taza de la pared.

En el trayecto hacia la casa de mi ex mujer, una atroz urgencia urinaria ha sustituido a la sed que sentía. El estanque bebido en la imaginación por poco me revienta la vejiga, mientrasuerzo inútilmente la llave en la puerta que antes fue mía. Me cuesta atinar con la cerradura, que debe haber sido cambiada y ahora abre hacia la derecha, y son tres vueltas, y ya no me aguanto, estoy a pocos metros del blanco, la orina ha recibido el aviso y avanza ya por su cauce. Atravieso la sala

corriendo, bajándome la cremallera, entro en el cuarto de baño, y no lo es, es la cocina, pero a estas alturas ya no puedo contener más la gruesa meada en el mármol del fregadero y en su seno de acero inoxidable repleto de platos de ayer y vasos con restos de vino tinto. Al doloroso alivio sigue la náusea. Abro el frigorífico buscando el agua, y me sube un dulce olor de guayaba. Vuelvo a la sala medio desmayado, y tengo la impresión de que está invertida. Habrán tapado las dos ventanas y abierto otras dos en la pared opuesta.

También los grifos sólo quieren girar hacia el otro lado, capricho ante el que cedo contrariado, sintiendo el alma zurda. Tensa, el agua de la ducha cae sobre mi piel y no resbala, azota. Con paciencia, consigo regular el temperamento del agua, y entonces empezamos a reconocernos, mi ducha y yo. Empiezan a coincidir de nuevo sus irregularidades y las de mi cuerpo. Corro la cortina de la ducha, y el vapor me va comiendo. Voy perdiendo de vista mi cuerpo y lo demás. Un día, en la sauna, mi amigo dijo que los antiguos llamaban a esos baños «lacónicos». Puede ser. No sé qué tiene que ver una cosa con la otra. Sólo sé que me va a costar unos buenos años dar con otra ducha como ésta. No va a ser nada fácil. En mi apartamento la ducha era de un chorro muy redondo, correcto, justo, sólido, era una ducha estúpida. Aquí no, aquí me siento pleno. Además, puede que los antiguos no fueran tan lerdos como parecen, y que no les gustara permanecer mucho tiempo pensando en el baño. Baños lacónicos. Yo, por mí, me pasaría en el vapor el resto de la existencia. Pero me parece mejor dejarlo porque mis pies están algo blandos, pesados. Siento que el agua me da en las tibias. Miro y me parece que la ducha no tiene fondo. Cierro el grifo, dejo que el vaho se despeje, y constato que el fondo de la ducha es un charco de agua negra. Debe haberlo atascado todo. Veo el agua marrón en las baldosas del cuarto de baño, algo amarillento que invade la sala. Salgo de la ducha despacio. Hay dos toallas en el colgador del baño. Debe guardar las demás en el armario de la habitación. Calculo que con cinco o seis toallas podré montar una presa en la sala y evitar el desastre. Abro el armario de la habitación y, por el espejo interior, topo con mis pisadas de barro en la moqueta gris. Pensaré que lo hice a propósito. Tengo que irme. No puedo quedarme aquí parado. Mi maleta debe estar en el fondo del armario. Para coger la maleta tengo que sacar las ropas de ella del armario. Veo una chaqueta de *tweed* que parece de hombre, pero no es mía. La ropa queda esparcida por el cuarto, como en la *boutique*. Únicamente puede pensar que fue a propósito. Pero la maleta no está en el fondo del armario. No adelanto nada quedándome aquí parado. Tengo que encontrar esa maleta. Me siento en la cama que fue nuestra. No me dijo dónde metió la maleta.

No adelanto nada quedándome aquí parado. No puedo esconderme eternamente de un hombre que no sé quién es. Necesito saber si pretende continuar persiguiéndome. Cuando se canse de tocar el timbre y se vaya, me levantaré de la cama e iré detrás. Ya habrá caído la tarde y dará él por cerrado el expediente, decidiendo volver a pie a su casa. Estará cansado, le estará saliendo joroba, y le fastidiará un día más de trabajo inútil. Vivirá en una casa en un barrio no lejos de aquí, pero, cuando llegue, será de mañana. Por la ventana lo veré recién llegado despidiéndose ya de su mujer embarazada. La mujer embarazada nunca sabrá si es que va a besarla, o que está cada día más jorobado. Saldrá del barrio y cruzará la calle sin verme. Entrará en la empresa, un edificio de cincuenta y cinco pisos, y su departamento funcionará en el tercer sótano. Seré interceptado por falta de acreditación, pero podré espiarlo por el circuito cerrado. Pasará la mañana cotejando sus fichas con la documentación del archivo central, que estará en el suelo. Tendrá mucho trabajo atrasado, sin contar lo que coge fuera para completar el salario. Recibirá instrucciones de perseguir a un árabe que vive en el suburbio y al que ya habrá perseguido otras veces, sin éxito. La flota de la empresa se negará a ir a los suburbios, y el dinero para el taxi habrá sido cancelado. Saldrá del edificio poco dispuesto a tomar tres autobuses y un tren para perseguir a un árabe que nunca está en casa. No notará que le acompaño hasta el cine de la esquina, donde ponen una película porno. Me sentaré en la fila detrás de la suya, y conoceré la nuca de mi perseguidor. Dejará el cine en la escena de las dos preñadas y andará cabizbajo por la ciudad, pensando en el árabe. Estará ya anocheciendo cuando reconozca las piedras portuguesas de la acera del edificio en L, donde estaré viviendo con mi ex mujer. Entonces se acordará de perseguirme y llegar a casa aún para cenar, pudiendo falsificar un informe antes de dormir. No sospecha que le veo detenerse en mi puerta, corregir la postura ante la mirilla, y la inmunda uña de su grueso pulgar apretar el timbre. Cuando aporree la puerta, estaré en la cama. Intentará derribar la puerta, pero yo dormiré profundamente. Soñaré que grita mi nombre y tiene voz de mujer afónica. Es ella.

Salto de la cama. Mi ex mujer entra en casa a todo gas, pero sólo consigue pronunciar «tú...». No contaba con verme abrir desnudo la puerta y vacila ante la visión del apartamento. Da una vuelta a la sala, se detiene en el umbral del cuarto de baño, sale andando de espaldas, camina como borracha, entra en la habitación y se

zambulle en la cama llorando. Creí que iba a decirme «¿estás satisfecho?», pero no dice nada, permanece echada de bruces, solloza con todo el cuerpo, y no sé qué hacer. Sólo puedo mirar su cuerpo agitándose, el lado izquierdo más que el derecho y, viéndola así, de repente me viene un fuerte deseo. Yo mismo no entiendo ese deseo, es en contra mía. Es un contrasentido, pues si ahora ella me llamase y con la boca húmeda me dijera «ven» o «soy tuya», o «haz conmigo lo que te plazca», tal vez no sentiría yo deseo ninguno. Pero llora de la cabeza a los pies, los pies retorcidos hacia adentro y las manos arrancándose el pelo, en un espasmo que me deja asustado, un espanto que aumenta mi deseo. No me gustaría desear a una mujer tan destrozada. Y si ella me viera en ese estado, creería que es a propósito. Procuro pensar en otras cosas y recuerdo que ella siempre guardó nuestras maletas debajo de la cama. La mía es medio antigua, de skai. Me visto unos vaqueros, una camiseta blanca sin publicidad, y descubro en el fondo de la maleta unas zapatillas de tenis poco gastadas y de buen tamaño que no sé si eran mías.

Es de noche y hace bochorno. La maleta es incluso ligera, pero cargarla es incómodo, llama la atención. Paro en el bordillo y hago como que espero un taxi. Un taxi frena y yo reanudo la marcha con la maleta, fingiendo que compruebo la numeración de los edificios. Doblo la esquina y tomo una calle sin movimiento; tal vez un asaltante me libre de la maleta. Con el sueño recuperado y el baño, podría andar por ahí hasta mañana, sin compromiso. Pero un hombre sin compromiso, con una maleta en la mano, está comprometido con el destino de la maleta. Ésta me obliga a andar torcido y deprisa. Cuando me doy cuenta, estoy al pie de las cuestas que llevan a la casa de mi hermana. Es como si fuera éste el camino que yo haría si estuviera ciego. Y éstas son las cuestas arduas que subo como agua cuesta abajo.

Hacía tiempo que no venía aquí de noche y, cuando vi de lejos la nueva iluminación de la urbanización, pensé que estaban filmando una película. Un aparato de proyectores azulea los paralelepípedos, invade los árboles por debajo de las copas y ofusca la vista del que llega. No localizo al vigilante que me pide identificarme. Hay más de un vigilante, son varias las voces que repiten mi nombre como un eco en la garita. La respuesta también llega en serie, y tengo que oír «no consta en la lista», «no consta en la lista», «no consta en la lista». Después oigo una carcajada que va y viene, y una cigarra se enmaraña en mi pelo. No sé de qué lista están hablando, sólo quiero dejar una maleta en la casa 16, y debo tener algún problema porque las voces van alterándose. Preguntan lo que llevo en aquella maleta y, antes de que pueda responder, una silueta arranca el asa de mi mano. A pesar del susto, lo agradezco; la maleta encontró su destino y estoy, por fin, liberado de ella. Pienso que estoy libre del todo, que la ciudad me espera, pero cuando intento la retirada unas garras se clavan en mi brazo y me arrastran de vuelta al foco de luz. Un colega con chaquetón beige viene a abrazarme, después baja las manos por mi

espalda, me palpa las nalgas, el paquete, los muslos, detrás de las rodillas, y está examinando mi tobillo cuando llega un coche grande y negro con los cristales ahumados. Se baja un centímetro la ventanilla delantera y el hombre que está al volante dice un nombre largo de mujer. Al de la garita le parece que está bien y acciona el portón electrónico, pero el coche no arranca. Una voz de mujer me pregunta si no quiero subir. Busco a la mujer en la claridad de la garita, pero la voz viene de la oscuridad del fondo del coche negro. Todos los vigilantes bajan de la garita para atender la voz, dicen «positivo, madame», al instante el conductor sale del coche y abre la puerta trasera para que entre yo.

Es una amiga flacucha de mi hermana a la que conozco de saludarnos hace muchos años, y se lleva un binóculo a la boca. Pregunta si me gusta el whisky puro y me ofrece un trago del binóculo. Después coge una botella de detrás del respaldo y dice que no se puede confiar ni en la bebida de mi cuñado. Intenta trasegar el whisky de la botella por el cuello del binóculo pero el coche se tambalea por la cuesta, ella se retuerce de risa, y el whisky le empapa la falda corta de su traje-chaqueta. Dice «¡ay, coño!». Hay un embotellamiento al final de la cuesta y decide bajarse allí mismo. Se contonea sobre los tacones de aguja entre los paralelepípedos. Entra en la fiesta con los zapatos en la mano y el binóculo colgado al cuello.

De haber sabido que mi hermana daba una fiesta, al menos me hubiera afeitado. Habría elegido una ropa adecuada, aunque haya allí gente de todo tipo; aspecto de banquero, aspecto de *playboy*, de embajador, de cantante, de adolescente, de arquitecto, de paisajista, de psicoanalista, de bailarina, de actriz, de militar, de extranjero, de columnista, de juez, de filántropa, de ministro, de jugador, de constructor, de economista, de figurinista, de contrabandista, de publicitario, de vicioso, de hacendado, de literato, de astróloga, de fotógrafo, de cineasta, de político, y mi nombre no constaba en la lista. Parte de estos invitados ocupan las mesas redondas que han montado en el jardín. Como no conozco a nadie, tengo libertad para deambular entre las mesas y uno fragmentos de discursos, discusiones, carcajadas. Otras personas se reúnen de pie en la extensión del césped, formando una secuencia de círculos. Puedo observar cómo se comporta un círculo, cómo se cierra, cómo se abre, cómo un círculo se incorpora a otro. Veo circunferencias que se dilatan exageradamente, hasta que se rompen como burbujas y dan vida a nuevos corros de conversaciones. Veo corros somnolientos, que permanecen como corros por la geometría, no por el tema. Intento interesarme por temas que salen de un corro para animar otro, y otro, y otro, como un engranaje. Hay instantes en que la fiesta entera parece acordar una pausa, y se oye entonces un acorde de orquesta que toca música de baile en el interior de la casa.

Bajo por una alameda iluminada por antorchas donde ya no hay corros; la gente está dispersa y habla en sordina. Pasa junto a mí un muchacho con una copa de vino blanco en cada mano. El muchacho tiene un rostro hermoso, demasiado hermoso, y desaparece en una depresión del terreno, más allá de las antorchas. El cielo es el

mismo cielo tosco de ayer por la noche, y aún no he visto a mi hermana. Allá al fondo, el círculo traslúcido de la piscina salta de la negrura como un antipozo.

Rodeo la piscina, el vestuario, la pista de tenis, y siento que el follaje comienza a agitarse en aquella vertiente. Intento seguir hasta el final del terreno, en el límite del huerto forestal, pero el viento me lanza arena a los ojos. Me parece improbable que mi hermana esté allí, y casi tropiezo con el muchacho hermosísimo, que sube de regreso, despeinado. Pasa mirando por encima de mi cabeza, lleva las dos copas de vino aún llenas y se desvía por un atajo que yo no conocía. El atajo termina en un nivel inferior al de la casa, donde hay un barranco de tierra compacta entre cimientos, un lugar donde nadie se citaría. En las juntas de los pilares de acero con el firme de sustentación de la pirámide soldaron grandes paneles de luz amarilla que atraen y fulminan a todos los insectos. El muchacho da vueltas erráticas bajo el firme del gran salón, que se balancea con la cadencia de la orquesta. Lleva la cintura rígida, para equilibrar las copas, y mantiene la expresión adusta, como un modelo fotográfico. Se detiene delante de un panel de luz y vuelve el rostro hacia mí con un movimiento abrupto, echando hacia atrás el cabello que le cae sobre la frente. Pregunta «¿qué hora es?», pero estoy en camiseta y es evidente que no uso reloj.

Subo la escalerita de piedra de vuelta al jardín, que ha recibido nuevos grupos de invitados. Me abro camino en dirección a la casa, y en el vestíbulo de entrada me mezclo con un grupo de muchachas que salen del baile abanicándose, soplándose los escotes de sus blusas negras. Llegan del jardín dos hombres de unos cincuenta años, bronceados, bebiendo vodka, los dos con zapatos blancos y cara de socios del Yate Club. El más alto viste chaqueta azul marino con botones dorados, y usa fijador en el pelo canoso. El bajito de axilas húmedas usa una faja anatómica bajo la ropa, deformando el abdomen que cree disimular; es éste el marido de mi hermana, y señala hacia mí. Me meto entre las muchachas de negro, entro en la casa, busco un aseo, pero soy interceptado por un muchacho que cree conocerme. Me sacude por los hombros y dice «¡estabas en lo cierto!, ¡tenías razón!». Dice otras cosas que no entiendo, con gran vehemencia y velocidad, como si me transmitiera una carrera de caballos. Mi cuñado me da alcance con su amigo canoso, a quien me presenta diciendo «es éste». El canoso dice que siempre es así, que en toda familia que se precie existe un cabeza loca. Mi cuñado quiere defenderme y dice que soy medio artista, me da un golpe en las vértebras y dice «¿no es verdad?». Dice que su amigo tiene una casa de campo próxima a nuestra finca, pero desistió de veranear allí porque gente de mal ver anda por la zona. Dice que su amigo dice que dejé que nuestra finca se convirtiera en un antro de vagabundos. Veo pasar a un camarero apresurado, salgo a la caza de un whisky y me infiltro en el salón, donde la gente baila y bate palmas acompañando el compás de la música. Atravieso el salón por detrás de la orquesta y voy a dar al comedor. Abordo el bufet, dudo entre los canapés y unas gambas espetadas en repollo, cuando oigo «vagabundos, marginales y delincuentes». Mi cuñado dice «no lo creo», me coge de la camiseta y pregunta «¿lo sabías?». El canoso

dice «vete a verlo», y mi cuñado, «nunca fui, mi mujer lo detesta». El canoso dice «era un paraíso», mi cuñado «¿y la policía?», el canoso, «me cansé de quejarme», y no sé qué más dicen, porque asisto a la escalada del viento que apagó una a una las antorchas de la alameda y ahora abate los muebles del jardín. Los camareros galopan por el césped con manteles de colores, pareciendo celebrar un campeonato.

Abro una puerta que da a la despensa, y el desfile de bandejas me desorienta y conduce hacia otra sala, desproporcionada, desierta y blanca que, me imagino, es una sala de trofeos de caza sin trofeos de caza. En las paredes altas parece reverberar la voz de mi cuñado «mi mujer lo detesta», «mi mujer lo detesta». Espío el jardín de invierno, el patio interior a oscuras, la mesa oval, la gran escalera, y allí tampoco hay nadie. Es ésta una escalera atractiva, más ancha que alta, que una pareja podría bajar bailando. Si subiera ahora al segundo piso nadie me vería, como nadie me vio la primera vez.

Era un domingo, a principios de este verano, y había ido a visitar a mi hermana por sorpresa. Ella estaba en la piscina con unos amigos, y recuerdo que llevaba un traje de baño entero, de color vino. Me di una zambullida, me embadurné de aceite el cuerpo, tomé el sol, pero no me incorporé porque allí sólo se hablaba de viajes, de ciudades y personas interesantes que nunca vi. Di vueltas por el jardín sin ser notado, entré en la casa y me bebí una cerveza en la cocina, donde un muchacho colgado de un andamio limpiaba la grasa de los cristales. Mi cuñado había salido, creo que la hija también, y estaban libres la mayoría de los criados. Puse el aparato de música, paseé en sandalias por los salones y topé con esta escalera.

Me vi subiendo la gran escalera. Me vi, no tanto queriendo ir, sino como llamado por la habitación de mi hermana. No sé por qué me vino la idea de que mi hermana quería que yo mirase su habitación, pasando de familia, amigos y criados en mi camino. Atravesé un pasillo lleno de puertas falsas, sabiendo muy bien dónde estaba la habitación, pues imaginaba conocerla íntimamente. Pero la curiosidad está realmente hecha con lo que ya se conoce mediante la imaginación. Entré en la habitación aún sin arreglar y reconocí los espacios, la temperatura, la luminosidad, el tono pastel, los grabados orientales en las paredes. En medio de todo aquello, la cama de matrimonio me pareció una instalación insensata; jamás hubiera imaginado que mi hermana y su marido durmieran en la misma habitación.

Hoy encuentro la puerta entreabierta, la habitación oscura, y me arrepiento un poco de haber entrado. Los metales de la orquesta llegan aquí arriba con toda la potencia, pero estoy seguro de haber oído un suspiro, un suspiro de voz conocida. Siento que me habituaré a la penumbra y veré dos cuerpos en la cama. El hombre podrá ser el muchacho guapo de las copas de vino y tendrá los hombros muy blancos. Y la mujer, la mujer verá que estoy allí, pero ya no podrá interrumpir, ya no querrá interrumpir, y tendrá el pelo castaño abierto como un abanico sobre la cama, y me mirará de una manera como nunca me miró. Intentaré darle la espalda, pero me quedaré clavado. Intentaré decir «ya basta», pero saldrán otras palabras. Me obligaré

a no mirar más, pero será una ingenuidad; cerraré los ojos con tanto ímpetu que los párpados caerán al suelo.

Mi vista se aclara y no hay nadie en la habitación. Allí está la cama impecable, con una colcha de encaje antiguo y almohadones. Aquel domingo no me gustó esta cama, el lado del marido todo arrebujaado, y di la habitación por vista. Me estaba retirando, cuando oí pasos en el pasillo. Si se lo hubiera pedido a mi hermana, claro que hubiera dejado a sus amigos y me habría enseñado la casa de buen grado. Pero encontrarse conmigo en el cuarto, pillarme con el bañador húmedo en su habitación hubiera sido lamentable. Me precipité por una puerta junto a la cama y di en un vestidor, que era más una sala, con vistas al patio interior, claro como un acuario y sin otra salida. Los pasos llegaron a la habitación y yo estaba acorralado. Creí que iba a entrar en el vestidor para cambiarse el bañador, porque hay un momento en que ellas se cambian de bañador. Y me escondería entre las ropas de invierno y la vería por el espejo a punto de quitarse el bañador de color vino. Y ella podría darse la vuelta y sorprenderme por el mismo ángulo, o tal vez sólo me presintiera y deseara desnudarse distraídamente para mí. Pero los pasos en zigzag por el cuarto no eran de ella. Los ruidos eran de limpiadora, corriendo las cortinas y abriendo las ventanas, juntando vasos, ceniceros, periódicos y suplementos por el suelo. Noté que el trabajo iba a demorarse porque no se trataba de arreglo dominguero, de estirar las sábanas haciendo un montoncito debajo del colchón; eran *flops* generosos de sábanas-bandera, propios de camarera de gran hotel.

Entro hoy en aquel vestidor por segunda vez, y aun sin encender la luz sé por dónde ando. Ando por el sector de ella y rozo camisones, velos, vestidos, balanceo mangas de seda. Sé que la mitad de la pared izquierda está ocupada por un zapatero que aquel domingo me llenó los ojos: botas, mocasines, escaarpines, cantidad de modelos de todos los colores. Detrás del zapatero hay un entrante del que me acuerdo bien, pues fue allí donde me embuté cuando la limpiadora entró en el vestidor, pasó un buen rato manejando perchas y terminó el trabajo. En aquel rincón mío había un estante repleto de cajas que fui abriendo, encontrando más zapatos, aún vírgenes. Después abrí una caja redonda tipo sombrerera, y dentro de ella había otra caja, también redonda, y de dentro salió otra, y otra más, como una muñeca rusa. Dentro de la última sombrererita encontré una bolsa de ante color claro. Metí la mano y toqué las joyas de mi hermana.

Ya sea en un muestrario o en un cuerpo de mujer, mi vista puede no discernir la joya noble. Pero había como una transpiración en aquellas piedras, y mi mano captó enseguida su naturaleza. La mano se aturdió allí dentro y ya no sabía dejar las piedras. Las dejé, rehíce el lazo con el cordón de ante, y coloqué de nuevo la bolsa con las joyas en la caja de la caja de la caja de la caja. Recordé la conversación en la piscina, las mujeres comentando que en esta ciudad nadie está tan loco como para andar con joyas. «En Europa es supernormal», decía una, «incluso en el metro, llevar joyas es supernormal». Significaba que, para el próximo viaje, mi hermana vendría a

buscar sus joyas a esta bolsa de ante. Si faltara algo, aunque fuera una cuentita, la mujer de la limpieza iría a la calle. Dejé el vestidor considerándome un buen tipo. Me despedí de lejos del personal de la piscina, pero creo que mi hermana no me vio.

Ahora tanteo el estante de las cajas y reconozco la sombrerera. Levanto las sucesivas tapas y aliso el ante. Repartir las joyas entre los cuatro bolsillos de mis vaqueros es un gesto rápido como un reflejo. Un acto tan silencioso y oscuro del que ni yo mismo doy fe. Un acto impensado, un acto tan manual que puede olvidarse. Que puede negarse, un acto que puede no haber sido.

Al pasar del vestidor a la habitación, me quedo paralizado por un «¡hola!» de mujer. Esta vez sí que hay alguien en la cama. Se me acerca descalza, y resulta ser la flacucha amiga de mi hermana con una barra de labios en la mano. Creo que va a pintarse la boca, pero es a la nariz a donde lleva la barra y aspira hondo. Dice «¡ay, coño!» y tira lejos la barra. Arrima su cuerpo al mío y dice «se jodió». Me abraza, comprime sus muslos contra los míos y debe sentir el bulto de las joyas en mis bolsillos. Me desembarazo, busco la salida, pero ella grita «¡mira!». Se desabrocha dos botones del traje, empieza a descubrirse el pecho izquierdo y dice «¡tú no me conoces!». En el pasillo, aún escucho «¡soy muy cariñosa!» y «¡estoy superloca!».

La escalera está libre, el jardín de invierno, la sala de trofeos, y de un salto alcanzo la escalera de caracol que conduce al garaje; que me hubiera conducido al garaje, porque la puerta está cerrada y se llevaron la llave. Estoy obligado a volver por el *office*. Allí me veo en medio de unos hombres que parecen pertenecer a otra historia, cada cual con su paquete o bolsa de supermercado, y cara de no haberles gustado la fiesta. Sin querer, formo parte del cortejo de esos hombres de ropas tristes saliendo por la puerta de servicio. A la luz de la mañana, con la barba empezando a puntear sus rostros, parecen hombres destituidos, cargando camareros envueltos bajo los brazos. Como ellos, recibo un sobre de un muchacho que dice «gratificación del dueño de la casa». Me siento con ellos en una de las furgonetas que esperan fuera. Partimos en silencio. La furgoneta da vueltas sin rumbo por la ciudad y nadie se queja. A veces baja uno, como mareado. Al cabo de muchas vueltas quedamos el conductor y yo. Aparcamos en una plaza y no sé si es la parada final o que se acabó la gasolina. Abro la puerta y voy a pie a la estación de autobuses.

El autobús es una tartana y sube la sierra superrepleto. Hay pasajeros de pie, he perdido mi sitio junto a la ventana, mi vecino de asiento es corpulento, llevo joyas en los bolsillos, estoy sentado sobre piedras, pero viajo con una sensación de confort. Creo que es porque llueve. El asfalto espejado, el verde retinto, árboles como ropa escurrida, esta carretera es mía. En una curva cerrada a la derecha, siento el hombro de mi vecino de asiento presionando el mío y me río por dentro. Ríe porque me acuerdo de cuando íbamos a la finca en el coche con mis padres, mi hermana y yo en el asiento de atrás. Curva hacia mi lado, yo echaba mi cuerpo encima de ella, diciendo «¡oooooooooh!». Curva hacia su lado, y era ella la que caía para acá y «¡oooooooooh!». El recuerdo me sacude con tanta fuerza que llego a sentir el olor de la cabeza de mi hermana, que ella decía que era del pelo y yo decía que era de la cabeza, porque se cambiaba de champú y el olor era el mismo, y ella decía que yo era un niño y lo confundía todo, pero yo estaba seguro de que aquel olor era de su cabeza, entonces ella me preguntaba cómo era el olor, y yo me quedaba cortado porque no sabía explicar un olor, entonces ella decía «¿lo ves?», pero la verdad es que nunca lo olvidé, olí la cabeza de muchas mujeres y nunca sentí nada igual. Ahora la curva se cierra a la izquierda, y sin querer me veo abandonando mi cuerpo contra el cuerpo del vecino, casi diciendo «¡oooooooooh!». Tal vez él también tenga algún buen recuerdo, tal vez haya tenido una hermana como la mía, con el olor de la cabeza como el suyo, y se ría por lo bajo, como yo me reí. Me parece que hasta le gusta la cosa, pues la curva es en S y aquí está él resbalando sobre mí.

No es razonable que lloviera tanto en mi infancia. Pero me veo de niño, y llueve. Mi hermana ya adolescente, y llueve. Los dos en el riachuelo, en traje de baño, quemados por el sol, y llueve. El sol, veo el sol en el cemento, veo al gato tumbado en el sol del cemento, y llueve. Es posible que entonces no lloviera; la lluvia se imprimió más tarde en la memoria. Y ya me había olvidado del juego cuando el grandullón de la ventana está dejando caer todo su cuerpo hacia mi lado, en una curva mucho más abierta de lo que era antiguamente. Ya no me gusta esto, empieza a fastidiarme. Doscientos metros más y ahí viene él de nuevo. Voy a quejarme, voy a sacudirle en el brazo, pero, cuando miro las manos del tipo, las manos del tipo son de cera. Juro que parecen de cera esas manos, nunca había visto manos de ese color, a no ser las manos cruzadas de mi padre en el ataúd. Miro su rostro, y está hecho de la misma cera, de la misma ausencia de color gris oliva, y tiene la expresión de quien ya

no va a ninguna parte. Tal vez yo debiera gritar, huir, mandar parar el autobús, pero a nadie le molesta ver allí a un difunto sentado conmigo. La gente que viaja de pie, delante de mi asiento, lo encuentra normal. Menos una negra gorda de ojos saltones, pero que es a mí a quien mira, no al cadáver. Tal vez debería yo tomar alguna iniciativa, pero está llegando mi parada. Me levanto con cuidado, protegiendo al difunto para que no se desplome, y la negra gorda ocupa mi lugar al instante. Digo «Posto Brialuz» al conductor y miro hacia el fondo del autobús. Con el frenazo tengo la impresión de que el difunto se cae tieso hacia adelante, da con la frente en el banco delantero y vuelve a su asiento. Bajo del autobús, doy cuatro pasos en el césped, me vuelvo de repente y veo la cabeza del muerto en el centro de la ventana, mirándome fijamente. El autobús tarda en partir y no puedo escaparme del muerto. Ando por el césped de acá para allá, y vaya a donde vaya el muerto me mira de frente, aun sin volver el rostro, pareciendo un locutor de telediario, mudo. El autobús parte despacio, y entonces la cabeza del muerto va girando hacia atrás, siempre mirándome, como si su cuello fuera una rosca.

La cancela de la finca no está abierta ni cerrada. Liberada del barro después de cinco años, da bandazos hacia adentro y afuera, como una vela de barco en la tormenta. Para dominarla tengo que esperar el golpe en mi dirección, esquivarla con finta de boxeador e inmovilizarla en las ancas. Estoy a punto de lograr esta hazaña cuando aparece un furgón de color caramelo metalizado, recién estrenado, sin matrícula. Llega deslizándose a toda velocidad por el lodazal, salpicando en todas direcciones, pero viene immaculado, reluciente, color de sol. El conductor es atento y frena a tres metros de la entrada, ahorrándome el baño de barro. Le hago una señal para que pase primero, pues no me cuesta retener la cancela en aquella posición. Pero un negro larguirucho, con un pendiente en la oreja izquierda, pelo alisado y gafas oscuras, baja por la puerta trasera y me invita a subir al vehículo. Me siento entre él y uno que parece su hermano gemelo, con pendiente, pelo y todo lo demás, al frente el conductor rubio y lleno de anillos, y el copiloto más viejo que el resto, casi calvo y de nariz chata. La cancela, que se ha mantenido abierta y tiembla en ese entretiem po, da una bofetada al aire en cuanto pasamos.

Bajamos por el camino de la finca hasta el riachuelo, y allí nos desviamos hacia la antigua casa de huéspedes. La construcción encalada, con maderamen azul, parece hoy apenas una base para la amplia ala de amianto que cubre un pabellón anexo, donde se instaló una especie de taller mecánico. Nuestro furgón aparca entre una carcasa de coche incendiado y un *jeep* pintado de minio; hay también allí algunos chasis y motores abiertos, las tres motos rojas que ya conocía, más dos *pick-ups*, un coche deportivo imitando un modelo antiguo y un descapotable con matrícula extranjera. Detrás del pabellón aún hay media docena de remolques alineados como una caravana. El gemelo me conduce hasta el último de ellos, me hace entrar y cierra

la puerta por fuera.

Sería un remolque espacioso si sobrara algún espacio entre los toneles de hierro y los cajones acumulados. El oxígeno circula poco allá adentro y el ambiente huele a acetona. Me siento en un pedacito de suelo, frente a la única ventana no bloqueada. Oscurece de repente y tardo unos segundos en comprender que una vaca pinta ha apoyado la cabeza en el cristal de la ventana. La cabeza de la vaca se encuadra en la ventana con exactitud, y allí se queda. Es una vaca fatigada. Su párpado lame de vez en cuando el ojo, en un movimiento grave que aprendo a prever. También me familiarizo con la baba en el borde de su boca, que pende medio palmo y sube, pende y sube de nuevo. Y a veces la vaca pinta menea la mandíbula hacia adelante, levemente, como preguntándome «¿qué hay?», o «¿qué tal?», o «¿qué te parece?». Cuando el gemelo reaparece en la puerta deduzco que ha pasado mucho tiempo. Pero fue un tiempo que no me pesó esperar, tal vez por haber esperado con el tiempo de la vaca.

El gemelo enciende la luz y se pone frente a mí, tapando la ventana y la vaca. Tiene las piernas flacas y muy largas, y viste un pantalón de cuero que le aprieta y aplasta los cojones. El cinturón es una cadena de bronce. Apoya las manos en la cintura y la cazadora acolchada, semiabierta, deja ver la punta de un cañón que se escapa de una canana interior. No se quita las gafas Ray-Ban y parece excitado, pues comienza a restregar la suela de la bota contra el piso del remolque. Estamos separados por un cajón bajito, y ahí voy depositando las joyas: placa de brillantes, reloj de oro, collar de perlas de cuatro vueltas con cierre de brillantes, colgante de rubí con brillantes, broche de zafiro, par de pendientes de zafiro, conjunto de pendientes, pulsera y anillo de esmeraldas, anillo de platino y aguamarina, alianza de brillantes, solitario.

Se levanta las gafas y permanece algún tiempo callado delante de las joyas, sin tocarlas. Después frunce el morro en forma de higo, dice «hum, hum», mueve la cabeza con aprobación y dice «buen material». Sale, cierra la puerta y vuelve al poco, pero debe ser el otro gemelo porque empieza a descomponer la exposición. Como galletas, barre las joyas del cajón con el reverso de la mano y dice «aquí no se toca nada». Cuando voy a recoger las piedras, recibo en la mejilla derecha un golpe violento, no sé si de algún objeto o de la rodilla, o puntapié o karate, y el susto es mayor que el primer dolor. El foco del dolor se adormece y éste se irradia al resto de mi cabeza, y la envuelve, y es fuera de la cabeza donde el dolor me duele. Rodeado por el dolor, no siento nada más, y estoy ciego y sordo.

Ciego todavía, empiezo a oír una discusión que no entiendo, pero sé que se da entre los dos gemelos; discuten con voces tan idénticas que parecen voces de un solo hombre contradiciéndose. Después, uno de ellos se retira, y el otro me levanta por el cuello conduciéndome afuera. Cuando recupero la visión ya estoy entrando en otro remolque, mayor que el primero, con olor a nuevo y todo alfombrado, suave al pisar. El rubio está inclinado sobre una mesa con tapa de cristal violeta revolviendo mis

joyas con un dedo. Sobre la mesa hay también un vaso de cristal, un puñal con mango de marfil labrado, un televisor portátil, frascos y tubos de medicamentos, un buda de porcelana, un manojo de madreperlas y un teléfono que imita una tortuga. Los gemelos permanecen de pie junto a la puerta, como dos postes. Y el cuarto hombre, de pelo ralo y nariz de boxeador, está recostado con las piernas abiertas en una butaca, observándome. Por fin, el rubio carraspea para anunciar que va a hablar, y habla mirando las joyas, con una voz que no esperaba tan suave, casi femenina. Dice «la mercancía es buena». Levanta un broche, cierra el ojo izquierdo, gira el zafiro a la luz de la ventana y dice «dan juego». Guarda las joyas en los ocho bolsillos de su abrigo de terciopelo y, hablando conmigo por carambola, dice «vuelve otro día» mirando al ex boxeador. Cuando voy a salir, un gemelo me cierra el paso; el otro me ofrece agua, que me llevo a la boca y se convierte en sangre.

Aún es de día, casi caliente el sol, y me pregunto si llegó a llover dentro de la finca. El camino y la vegetación están secos hasta la altura de la cancela, y de allí hacia afuera ya no se ve nada; la finca es una isla flotando en la nada, con la neblina espesa vedando sus contornos. Si cruzase ahora la cancela, siento que no tendría dónde pisar. Desciendo por el camino de tierra y constato que se bifurca un poco antes de llegar al riachuelo. Por entre el cañaveral de bambú han abierto una senda que va a dar a un claro, donde montaron un *camping*. Son decenas de tiendas de poliéster color verde camuflaje, que no pude ver la otra noche porque entré a ciegas, ni a la mañana siguiente porque salí con prisa. Me alejo de las pequeñas tiendas de formas variadas, cubos, prismas, pirámides, circos, iglús, caracoles, y no hay señal de vida. Ya cerca del puente de tablas, escucho un ruido electrónico, y es una transmisión de fútbol que viene de una tienda semejante a una oruga. Pienso preguntar el resultado, como hace todo el mundo, aun sin saber quién está jugando. Me arrodillo ante la ventanilla, muevo el mosquitero, y allá dentro alguien protesta con un gemido ronco.

Me dirijo a la casa principal, y me parece vislumbrar sombras arrastrándose desde las cuestas en dirección al *camping*, como un ejército destartado. Redoblo el paso, entro en la casa por la cocina, y encuentro a la niña de melena crespa ante el fogón de leña. Subida al taburete, tiene asida con las dos manos la enorme cuchara de madera, más remando que moviendo la sopa del caldero. Se detiene un segundo cuando me ve, pero enseguida sonrío e incrementa el balanceo. El casero viejo duerme rígido en la diagonal de una silla, con un blusón de nailon rojo sobre el rostro, y una gorra de plástico que le recoge el pelo recién teñido de pelirrojo. Se despierta con la algazara de los niños, unos veinte, que al poco rato irrumpen en la casa. Traen dinero húmedo, que el viejo recolecta de mano en mano y tira en un saco. Sólo entonces me ve y se avergüenza, después se emociona y dice «Dios le bendiga, Dios le bendiga», insistiendo en acompañarme a mi antigua habitación.

No tarda en llamar la muchacha de la melena. Ya estoy tumbado y me parece mal, creo que va a querer dormir en la colchoneta. No abro, pero entra a pesar de todo,

trayendo un plato de sopa. Canta en falsete una melodía indefinida, con palabras inventadas. Cuando veo que se va siento ganas de preguntarle algo, pero tiene los oídos tapados con un auricular de *walkman*. Su sopa es un amago de caldo de gallina, un caldo de arroz que tomo sin disgusto. Hay un videojuego parado en la televisión, coches de Fórmula 1 en la parrilla de salida. La sangre se ha estancado en mis encías, pero me parece que algunos molares del lado derecho están sueltos. Cierro los ojos y veo diamantes. Oigo un gemido ronco que no sé si es mío.

El dolor palpitante me arranca de la cama al amanecer. Había olvidado la paliza de la víspera y, sin querer, perdonado. En represalia por el perdón, mi rostro se hinchó durante la noche y la boca ha despertado gelatinosa. Salgo del cuarto para no darme con la cabeza en las paredes. Salgo dispuesto a revolcarme en la hierba, pero el ronquido del viejo me sorbe al interior de la despensa. Duerme desnudo, acurrucado en medio de unas estopas, la botella de Underberg clavada en los pliegues de la piel, o de la estopa. Agarro la botella. Atravieso la cocina y, para salir, tengo que apartar con la puerta las piernas de la muchacha de la melena, que está tumbada en el suelo de baldosas y no se inmuta; duerme oyendo el *walkman* y cantando bajito, en la lengua de su sueño.

Allá fuera, haciendo gárgaras con la Underberg, me animo más o menos para la nueva jornada. El cielo amanece encarnado y va llegando un sol rencoroso. Me deshago de la botella cuando truena la voz del viejo, que se despertó malhumorado y amenaza con prender fuego a la casa. Los niños saltan por las ventanas y salen disparados camino del pomar, intercambiando zancadillas y empujones. Vuelven cargados de limones, más de los que caben en sus mochilas, y suben escupiéndose hasta salir de la finca. Cojo un limón que rueda por la rampa, y me viene un arrebató de irme detrás de la pandilla. Era un arrebató idiota, como todos, y mi aliento se agota en la explanada de la piscina vacía.

Con un limón gallego en la mano, además del alcohol ardiéndome en los carrillos, no puedo no pensar en mi amigo. Recuerdo días enteros tomando caipiriñas, él y yo en este borde de la piscina. Recuerdo bien nuestro último atardecer en la finca, cinco años atrás, sentado él allí mismo, ya medio grogui, con la lengua pastosa. Él miraba el horizonte y se echaba el pelo liso por detrás de la oreja, en un gesto que, recordado ahora, parece copiado de mi hermana. El día que hizo ese gesto no pensé nada, y con seguridad nada tenía que pensar. Pero hoy, además del gesto, descubro un brillo en sus ojos que me molesta. El brillo debe ser un reflejo del horizonte que él miraba, pero en mi recuerdo no entra el horizonte, y los ojos brillan por brillar.

Mi amigo bebía conmigo en la piscina, y a aquellas alturas su conversación ya no fluía. Creo que hablaba de literatura rusa, aunque no lo sé con certeza, pues las palabras salían atropelladas y se perdían. Pero su imagen me vuelve cada vez más nítida; ahí está la cadenita de oro en el cuello, medio enredada, el lunar peludo justo debajo del codo, las costillas sobresalientes en el costado como un teclado, el bañador

blanco con tres rayas verdes verticales. Lo único que no consigo recordar son los pies de mi amigo. Vivíamos descalzos y nunca se me ocurrió mirar aquellos pies. Nunca me fijé si eran grandes o bonitos. No sé decir si los pies de mi amigo eran enormes, como los del profesor de gimnasia asesinado.

Vuelvo a acordarme de mi amigo mirando el horizonte, su pelo mojado negro como nunca, y ahora se peina más despacio que antes. Probablemente sintiéndose recordado, saca provecho de la situación. Fuma un cigarro, que en el recuerdo anterior ni siquiera existía, y se queda dejándose mirar, como un actor de perfil. Que se vuelve hacia mí de repente, queriendo sorprenderme, con un brillo en los ojos que me molesta de nuevo. Y va a anochecer ya sin que yo haya conseguido mirar sus pies. Pero, incluso aquello que la gente no recuerda haber visto un día, tal vez se pueda ver más tarde por un bies del recuerdo. Tal vez poniendo en la órbita de hoy los ojos de aquel día. Y es así finalmente como veo los pies de mi amigo, por el rabillo del ojo del recuerdo. Los veo, pero no sé cómo son; son pies refractados dentro del agua turbia, imposibles de juzgar.

Me imagino a mi amigo recibiendo a muchachos en su apartamento. Mi amigo en el sofá de la sala, tomando un Campari y recitándoles poesías a los muchachos. Con los pies descalzos en el sofá, pero disimulados entre los cojines, mi amigo echándose el pelo detrás de la oreja, y me imagino a algún muchacho irritado con todo aquello. Mi amigo abriendo el álbum de los poetas franceses, y el muchacho encogiéndose en el sofá. Y llenándose de odio, y sufriendo de otro odio por no entender qué odio atravesado es aquel que le domina, y que está hecho de mucha humillación y que es desprecio al mismo tiempo. Imagino la poesía haciéndose interminable y el muchacho enloqueciendo, yendo a buscar una cuerda al tendedero, o un cuchillo a la cocina, pero ya no puedo imaginar más, porque mi amigo nunca hubiera sido profesor de gimnasia. Me acuerdo una vez más de él a mi lado, mirando el horizonte, los brazos apoyados en el borde de la piscina, y ni bíceps tenía mi amigo. Me acuerdo del instante en que levantó el vaso, agitó el vaso seco con una rodaja de limón pegada al fondo e hizo mención de levantarse para recargar la caipiriña. Amenazó con levantar los pies hasta la superficie y así los vería muy cerca, como vi años después los pies del muerto. Ahora me aflige mucho la idea de haber visto los pies de mi amigo, unos pies que miraría tranquilamente en la hora del recuerdo. Pero el gesto instintivo debe de ser reflejo de una intención que pertenece a otro tiempo. Y aquella tarde le puse la mano en la rodilla sin saber por qué lo hacía, y dije «no». Le arranqué el vaso y fui a preparar una caipiriña doble.

El alcohol que llevaba a mi amigo junto a la poesía también podía atacar sus nervios, ponerlo agresivo. Era de noche y estábamos cenando en la terraza cuando decidió que yo era una mierda, sin más ni más. Dijo exactamente «eres una mierda». Y dijo que yo tenía que hacer como el escritor ruso que renunció a todo, que andaba vestido como un campesino, que cocinaba su arroz, que abandonó sus tierras y murió en una estación de tren. Dijo que yo también debía renunciar a las tierras, aunque

para eso tuviera que enfrentarme a mi familia, que era otra mierda. También eran una mierda todas las leyes vigentes y todos los gobiernos; y mi amigo empezó a enardecerse en la terraza gritando frases, tirando platos y sillas al patio, en un escarceo que terminó concentrando a la gente de la finca para verlo. Gritaba «que vengan los campesinos», y los campesinos que venían eran el jardinero, el hombre de los caballos, el casero viejo y su mujer la cocinera, además de los hijos e hijas y yernos y nueras de esa gente, con los niños de pecho. Varias veces mi amigo gritó «¡la tierra es de los campesinos!», y eso a la gente les sonó de otra manera. Más tarde se calmó. Metimos nuestras cosas en el maletero del coche y nos marchamos de la finca dejando la cancela abierta.

No me olvido de esa noche porque terminó en la ciudad, en un ático cerca de la playa, donde unos estudiantes de antropología celebraban la licenciatura. No conocíamos a nadie y ni sé cómo fuimos a parar a aquel lugar. Tampoco sé quién me presentó a una de las antropólogas, que intentó enseñarme una danza africana. Después me contó que quería conocer Egipto, habló de su experiencia en el cine, como *script*, y al final de la fiesta me echó el Tarot. Cuando mi amigo me dejó en casa, aún lo recuerdo diciendo que no le pareció gran cosa la antropóloga. No se lo discutí, nunca discutí con él. Pero antes de dormir me quedé pensando que algunas veces él podía no tener razón. Me casé con la antropóloga al mes siguiente, viví encerrado con ella cuatro años y medio, y nunca más supe de mi amigo.

«¡Fuera de ahí! ¡Hala! ¡Os dije que fuera de ahí!», es el casero viejo que llega riñendo a los dos sapos que están en el lecho de la piscina vacía. El sapo más pequeño, en la parte poco honda, salta insistentemente, golpea con las patas en las paredes, pero nunca alcanzará el borde. En un salto más arrojado, y oblicuo, cae en la parte honda y queda cara a cara con el sapo gordo. Éste ya sabe que no adelanta nada con saltar hacia cualquier lado. Y sus ojos dorados parecen acompañar al casero viejo, que baja la escalerilla floja que da a la parte honda, y pisa con confianza aquel suelo de limo. El sapo gordo parece conocer al viejo, pues ahora levanta el lomo e infla la cabeza, que se duplica de tamaño. El viejo coge el sapo gordo y lo manda lejos. Mientras, el sapo menor ha saltado a la parte lisa y comienza de nuevo a dar con las patas en las paredes. El viejo sube la rampa de rodillas y va en cuclillas detrás del sapo menor. Cuando está a punto de agarrarlo, éste da un salto imposible y alcanza el borde. Enseguida, sin embargo, como deslumbrado por su récord, salta de espaldas, revirtiendo la parábola. El viejo agarra el sapo en el aire y lo lanza a la copa de un mango.

Creo que mi parte, cuando el rubio venda las joyas, dará para vivir ocho meses, un año, tal vez más. Tal vez dé para viajar, qué sé yo, conocer Egipto, ir a Europa y subir al metro donde las mujeres llevan joyas. Pero prefiero que el rubio tarde en cerrar el negocio. No me desagrada estar así, suspendido en el tiempo, contando los

azulejos de la piscina, comiendo los mangos que me trajo el viejo. Al final de la tarde dejo la piscina, tres mil cuatrocientos cincuenta y seis azulejos, y vuelvo a encontrar al viejo detrás del pomar, en los límites de la finca, lanzando piedras al platanar y gritando «¡fuera de ahí!».

Yo recordaba platanares, pero no de un cultivo tan exuberante. El platanar cubre toda la vertiente posterior del valle. En los surcos regulares entre los plátanos, cultivaron arbustos de hojas agudas y tensas, y una especie de espigas de color marrón-bronce en las extremidades de sus ramas más altas. Sin hacer caso del viejo, hombres y mujeres descartan las hojas y cogen las inflorescencias con manos oblicuas, furtivas.

Al anochecer suben el morro renqueando, con los cestos que los hombres apoyan sobre los hombros y las mujeres llevan en equilibrio sobre la cabeza. Dejan la carga en el granero y salen deprisa, con lo que renquean más aún. No puedo calcular cuántos son, pues van en grupos y se parecen entre sí, todos muy flacos y muy flácidos. Vuelven el rostro cuando se cruzan conmigo, pero dejan ver unas manchas blancas o verrugas apiñadas en la piel. De reojo observo que algunos tienen grietas en la boca, en las orejas, en la nariz, y una mujer, que ni siquiera es vieja, parece que en vez de rostro tiene una esponja. Convergen hacia el *camping* y, de dos en dos, se esfuman en las tiendas de campaña. Las tiendas de campaña activan sus músicas, queriendo cada una sobreponerse a las demás, y el sonido que emana es insoportable.

Los niños de los limones pasan corriendo y creo que es hora de que yo también me vaya a casa. Pero al llegar al puente de tablas encuentro a éste tomado por tres pastores alemanes que jadean. Algo más adelante está uno de los gemelos. Sonríe, pero no sé si es la sonrisa del que me dio un vaso de agua o del que me destrozó la cara. Doy media vuelta y voy subiendo el camino de tierra batida sin mirar atrás, pero consciente de que me están siguiendo muy de cerca los perros echando espuma y el gemelo risueño que los retiene con la respiración. El escrúpulo que rige cada paso hace mi caminata larga y extenuante.

Cuando llego a la cancela, está cerrada con cadena y candado. Sin pensar, me pongo a sacudirla, y el entrechocar de las cadenas es la señal para el ataque. Los perros ya me muerden el calcañar, el muslo y el brazo, cuando una voz desgarrada llama «¡Guso! ¡Pordeval! ¡Sussanha!».

Es el chaval de la cabeza rapada, hermano de la niña de la melena. Los dos machos corren a lamerle los pies, pero la perra mantiene los dientes hincados en mi muñeca. Siento que, si volviera el hocico de repente, descarnaría mi mano como un guante. Pero el chico le pega con un bambú en el cráneo, y ella abre la boca para gañir. El gemelo suelta una carcajada y me ofrece un caramelo de menta.

El chico y los pastores me escoltan en silencio en la bajada del valle, hasta la casa principal. Sólo escucho, de vez en cuando, el zumbido del bambú cimbreado el aire. En verdad, sólo el bambú en la mano del muchacho le acredita como muchacho. Porque sus facciones son severas, el rostro huesudo. Y su mandíbula se retuerce en

una masticación obstinada, como si tuviera la boca llena de piedras.

Entro en la cocina con cuidado para no despertar a nadie. La única luz de la casa viene de la despensa. Al pasar veo al viejo y a la niña de la melena sentados frente a frente, ella en el taburete y él en un montón de estopa. El viejo tiene el nabo duro en la mano. La nieta sonríe al nabo duro en la mano del abuelo. Es un nabo cabal, rosado, reluciente, que me parece incompatible con aquella mano tan venosa. No parece el nabo del viejo, es más el nabo del blusón de nailon lleno de logotipos que viste el viejo. La muchacha gira el rostro, volviendo hacia mí la misma sonrisa que sirve para el nabo. Después se queda seria y se levanta. Pasa junto a mí y va a ver a su hermano, que le hace una señal con una cinta de casete. Ella coloca la cinta en el *walkman*, el auricular en los oídos, y se pone a andar en círculos por la cocina, con una camiseta hasta las rodillas estampada con la cara de un diputado.

Paso el resto de la noche dando vueltas en la cama, con la impresión de oír un teléfono a lo lejos. Es imposible dormir con un teléfono que no deja de sonar a lo lejos. Clarea, y creo que el teléfono sigue sonando. Será casi mediodía cuando pienso que mi madre lo habrá cogido finalmente. Atenderá a su manera, muda, esperando que quien llama diga «hola». El rubio dirá «¡hola!, ¡hola!, ¡hola!» y, al no conocer esa voz que no es de hombre ni de mujer, mi madre colgará el aparato. Entonces el rubio marcará el número de mi hermana, y el camarero dirá que no se puede molestar a la señora. El rubio insistirá que el asunto es de interés para la señora, el asunto es delicado, el asunto es el hermano de la señora. El camarero llamará a la puerta de mi hermana, que estará andando en círculos por la habitación con un kimono de seda. El marido estará tumbado en la cama, con ropa *sport* y zapatos italianos, fingiendo leer una carta suplicatoria, pero observando los movimientos de mi hermana. Ella parecerá fastidiada por algo, y va a inclinarse para aplastar en el cenicero el cigarrillo que acaba de encender. El camarero llamará con más fuerza, y los dos gritarán «¿qué pasa?» al mismo tiempo. En cuanto el camarero comience a hablar los dos entenderán mal; van a entender que estoy yo al teléfono. Mi hermana dirá que llame más tarde, y el marido dirá que basta de darme dinero. Ella encenderá otro cigarrillo, fastidiada por algo.

Ya estoy durmiendo cuando oigo el teléfono de nuevo, y esta vez imagino que el rubio le dirá al camarero que es una cuestión de vida o muerte. O dirá que la cabeza del hermano de la señora está en juego. El camarero volverá a llamar en la habitación, pero mi cuñado ya habrá salido y mi hermana no escuchará. Mi hermana estará en la ducha, en un cuarto de baño que yo no conocía, y que sería una pirámide forrada de espejos. De una sola mirada sería posible ver a mi hermana desde todos los ángulos. Y la visión sería tan instantánea que todas las imágenes de ella se fundirían en la retina de quien la viese. Y ver tanto de ella al mismo tiempo, de frente y de espaldas y de lado y por arriba y por abajo en una sola imagen, sería tal vez como no ver nada,

pero sería haberla visto absoluta.

Una llamada más, y el rubio cederá la palabra a uno de los gemelos, que irá directo al grano; dirá que si no entrega la pasta, al hermano de la muñeca le meterán plomo entre los cuernos. El camarero se asustará y se quedará paralizado, pues el señor estará en el puente aéreo, y la señora justo habrá salido sin desayunar, no se sabe adónde, conduciendo ella misma con el pelo mojado.

Me despierto sin saber si he dormido poco o demasiado. Es media tarde, pero no sé de qué día. Salto por la ventana y salgo por el porche, por el lado opuesto a la cocina. No quiero cruzarme con el viejo ni con nadie. No hay nadie en la recolección. Voy rodeando el platanar por un sendero que conozco, y que va a dar al riachuelo, allá en lo alto. Es un sendero que tomaba siempre mi padre, pero que todo el mundo evita porque hay muchas serpientes. En aquel punto del riachuelo hay una piedra grande que divide las aguas, y que, cuando el nivel no está alto es fácil cruzar por allí.

Después hay que subir la cuesta por la zona umbría y llegar a la cancela sin pasar por el camino de tierra batida. Dispuesto a saltar la cancela, acelero y tomo impulso; cuando llego, está abierta. El horizonte está despejado y puedo salir tranquilamente de la finca, pero lo que ahora me apetece es volver a la cama. Retrocedo despacio por el camino, me detengo en la casa de huéspedes, y todo está desierto. En el taller, los mismos coches, motos, motores, chasis, además del furgón por estrenar pintado de color azul-piscina. Detrás del galpón, la caravana de remolques y la vaca pinta. Dentro del remolque más grande un teléfono suena, suena, suena y nadie lo coge.

Un coche viejo está entrando en la finca con el tubo de escape suelto. Levantando polvo, una camioneta raquítica entra por la cancela. Una camioneta blanca y negra, que da sacudidas por el camino de tierra batida, y es la policía. Por un lado, quiero arrojarme en su camino, agitar los dos brazos y gritar «¡soy yo!». Por otro, quiero tirarme de cabeza entre las cañas de bambú, y es eso lo que hago. Veo que el coche celular sigue hacia el riachuelo, pasa el *camping* y maniobra delante, aparca marcha atrás junto al granero. Me dejo caer por el barranco, agarrándome a los bambúes, a tiempo de ver al ex boxeador bajar del volante, al rubio por el otro lado. El ex boxeador abre la puerta de atrás, y salta de la jaula el chaval de la cabeza rapada, seguido de los gemelos, que calzan las ruedas traseras con dos ladrillos. Todos se apartan con rapidez del furgón, como si fuera a explotar. Todos excepto el chaval, que entra silbando en el granero y reaparece al poco acompañado por los peones de la recolección. Éstos salen con unos sacos gordos de lona verde, que descargan en la plataforma trasera del vehículo. Llenan el compartimento, cerrando la puerta con dificultad, y asientan los sacos sobrantes sobre el capó, obstruyendo el parabrisas. Enseguida renquean hasta el *camping*, pero hoy no hay música; en vez de entrar en las tiendas, comienzan a desmontarlas.

El ex boxeador vuelve al volante y arranca, conduciendo con la cabeza fuera, el rubio de copiloto. Cada gemelo se cuelga de un estribo, sujetando los sacos del capó, y el chaval corre detrás. Los gemelos se bajan en el taller con los sacos del capó, y la camioneta deja la finca racaneando.

Bajo hasta la casa principal y me siento en el porche, de espaldas a la ventana de mi habitación. Puedo sentir en la piel la llegada de la noche. Aún hay claridad en el resto de la finca, pero el aire que respiro es nocturno. En los árboles que veo bajo la luz del día, el movimiento de las hojas se alternó, y es un movimiento nocturno; como son nocturnos ciertos olores y ruidos; como hay animales nocturnos y flores que no se abren de día, como hay pensamientos tan claros que sólo de noche se notan. La muchacha de la melena crespa es nocturna, y cuando me doy cuenta está trenzándose el pelo. Después se sienta a mi lado, y se pone a pedalear en el vano de la barandilla. Advierto que sus ojos son muy redondos, como en una sorpresa permanente. Apoya su manita en mi muslo, y sus dedos son cortos como los de una pata. Lleva puestos los auriculares y canta «hmmmmmmmm», una canción sin letra. Para alcanzar las notas más agudas, crispera la mano y llega a hacerme daño. Y cuando empiezo a entender la melodía, retira la mano de mi muslo y pulsa el *stop*. Desaparece tan de repente que casi me siento robado.

Es una noche estrellada, y veo antes de oírlo el *jeep* color calabaza en el puente de tablas. De este lado del puente hay un ensanchamiento del camino, muy sinuoso para quien baja en coche hasta la casa principal. Pero el *jeep* prefiere cortar camino talud abajo, y despeñarse en el patio, y va a invadir el porche y frena arremido a mis meniscos. Un gemelo salta y coge la maleta grisácea que estaba en el asiento de atrás. Llegué a pensar que era mi antigua maleta, la que quedó en la garita de mi hermana, pero es otra, un poco mayor, de tapa fofa y abombada. Una vez abierta en el porche, exhala un olor a plátano que no me convence, por exagerado. De hecho, en cuanto el gemelo empieza a remover las primeras hojas de plátano de la maleta, siento que la esencia es otra. La maleta está repleta de una especie de espigas marrón-bronce, secas pero blandas, prensadas y enmarañadas unas con otras formando una masa burda. Es una maleta repleta de marihuana. El gemelo dice «buena mercancía», y vuelve a proteger la yerba con las hojas de plátano, como quien cubre a un niño. Cierra la maleta y me hace señas para que suba al *jeep*.

Antes de dejarme plantado con la maleta, el gemelo dice que al jefe le gustó mi cara. Y dice que su hermano gemelo, que conoce mejor el mercado, advirtió al jefe de que esta maleta contenía dos veces el valor de las joyas. Pero dice también que él, que conoce mejor al jefe, me garantiza que, si consigo otras piezas de aquella categoría, el jefe es capaz de pagarme con dos maletas. Pero dice también que él y el gemelo opinan que, si no quiero llevarme una tunda, es mejor que me largue por un tiempo a otro barrio.

Posto Brialuz está cerrado, y siento un poco de frío. Hay algunos camiones parados, y debe de haber gente durmiendo en las cabinas. Alguien está fumando cerca de un neumático con el anuncio «Pinchazos noche y día» en letras blancas. Un hombre con mono sale del servicio y se queda mirando el cielo. Atravieso la carretera y me apunto en el poste de luz, que es la parada del autobús que baja la sierra. Después me siento en la maleta, que va cediendo, y uno de los cierres se abre dejando escapar el olor a plátano.

La luz es la de las seis de la mañana y, junto a mí, en la parada sólo hay un tipo flaco con camisa a cuadros, cuando el autobús asoma por la loma. Pero en cuanto para, brotan de todos los rincones los niños con las mochilas llenas de limones. Trepan al parachoques, meten los pies por las ventanas y se acomodan en el techo del autobús, en un maletero que parece suyo. Subo con dificultad por la puerta delantera, porque los escalones son altos, y la maleta que empujo con los muslos acaba enganchada en la palanca de cambio del conductor. El de la camisa a cuadros aprovecha para pasar delante, pagar el billete y sentarse con un tipo más flaco que él. Empujo la maleta por el pasillo, pensando que puede reventar en cualquier momento. El asiento que queda libre es una mediaplaza, al lado de una negra gorda con cara de buena cocinera, cuya nalga izquierda ocupa la mitad de mi asiento.

Viene la secuencia de las curvas, y los niños se tiran de un lado al otro en el maletero, diciendo «ooooooooh». El resto de los pasajeros parece habituado y yo mismo encuentro natural ver a mi derecha, por el lado exterior de la ventana, a un chavalín de cinco años cabeza abajo. La mueca invertida me mira, sanguínea, y sus brazos gesticulan como quien quiere decir algo urgente. El chavalín empieza a palmotear en la carrocería hasta que la cocinera abre la ventana, y entonces dice «buen aroma, ¿eh?». Se va como si se hubiera resbalado hacia arriba, y en el techo del autobús comienza un zapateado. Y van surgiendo nuevas muecas rojas en las veinte ventanas, y los dedos tamborileando en los cristales, apuntando hacia mí y hacia la maleta.

Prosigo el viaje mirando hacia abajo, como quien busca una religión. Concentrado en mis manos cruzadas, abro los dedos uno a uno, cierro los cinco de una vez, los abro en orden contrario, y sólo me interrumpe el susto de la cocinera a mi lado, que cierra la ventana y se santigua, con los ojos saltones. A la orilla de la carretera reconozco por el renquear a los peones de la finca. Pasamos junto a ellos muy despacio, porque la curva es peligrosa y vamos detrás de un camión cisterna. Ellos esconden los rostros tras aparatos de radio, tocadiscos, amplificadores, altavoces, y las tiendas enrolladas, que los hombres apoyan sobre los hombros y las mujeres llevan en equilibrio sobre la cabeza. Nuevo zapateado en el techo del autobús, y los niños gritan a coro «¡mira los E. T.!, ¡mira los E. T.!».

Al dispararnos en una recta, ya cerca de los suburbios, a los chavales se les ocurre ponerse a hacer carreras en el maletero. Pero un súbito frenazo proyecta al menos a dos de ellos en el espacio. Veo dos cuerpos girando como hélices delante del autobús,

después como muñecos rotos, dando brazadas y zapateando en el vacío. Hasta que se paran en el aire como insectos que golpean en el cristal, y la caída siguiente es instantánea, no puede verse. Oigo un batacazo justo bajo mis pies, y aún tengo la impresión de ver algo rodando por el costado.

El autobús recobra velocidad, y el resto del viaje transcurre más sereno. Los chavales saltan a la carretera con el autobús en marcha, y salen zanganeando con sus mochilas. Dejo pasar a la cocinera gorda, espero a que se vacíe el autobús, pero cuando bajo con la maleta los chavales vienen corriendo, recibéndome como un comité en la plataforma. Y me siguen por la estación, y me aturullan y huelen mi maleta, y la estación está siempre llena de policías.

Tomo el primer taxi y mando ir a la zona sur. El conductor dirige sólo con la mano izquierda y de espaldas al tránsito, hablando conmigo, que estoy en el asiento de atrás. Habla mascando tres palitos de cerillas ya blandos, y usa una camisa de talla inferior a la suya, la manga corta arremangada como si fueran a vacunarle. Cuenta el caso de la pasajera casada que dejó en la estación y que no tenía dinero para la carrera. Me enseña el teléfono del trabajo de la pasajera casada, anotado en un paquete de cigarrillos. Yo miro el taxímetro que no deja de correr, miro la tarifa plastificada en el hueco de la guantera y no sé cuánto me queda de la propina de la fiesta de mi hermana. Al final del túnel digo «es aquí», y largo lo que tengo en la mano del conductor. Salgo ligero, pero él grita «¡oh, excelencia!» y abre el portamaletas del taxi, señalando mi maleta como quien olió y no le gustó.

Desde la boca del túnel, el lugar más próximo que conozco es la casa de mi madre. Creo que no se molestaría si dejara la maleta durante algún tiempo en uno de aquellos armarios roperos. En el cuarto del centro, donde mamá nunca pone los pies, hay un armario empotrado con las cosas de mi padre, los uniformes blancos, los trajes príncipe de gales, abrigos de lana, un *smoking*, una sahariana y unos zapatos de cromo alemán que incluso intenté heredar, pero me quedaban grandes. Si meto la maleta en ese armario, mamá ni se enterará. Claro que cualquier día puede amanecer nerviosa, y decida promover una limpieza general, y se meta a airear todas las cómodas, y abra sin querer el armario que había olvidado, lleno de ropas que para ella ya no existan. Tal vez encuentre ridículos aquellos uniformes de gala, ridículos todos aquellos trajes del mismo patrón, tal vez le parezca papá ridículo. Tal vez le entre rabia y llame al portero, y mande echarlo todo al incinerador, la maleta a continuación. Tal vez le dé pena y resuelva donarlo todo a una obra de caridad, y las monjas se extrañen de aquella horrorosa maleta en medio de las pertenencias de mi padre. Pienso en la maleta abierta en el claustro, pienso en las carmelitas en semicírculo, contemplando el revoltijo. Y entonces veo que he llegado a casa de mi madre, y paso entre las columnas de mármol verde del edificio que antaño fue suntuoso, a la orilla del mar.

El portero quiere cargar la maleta porque sí, quiere correr para abrirme el ascensor, quiere llamarme señorito y dice que el buen hijo a casa vuelve. Negro casi

azul, aunque perdiendo el lustre últimamente, ya tenía la cabeza blanca treinta años atrás. Usa siempre el mismo chaleco a rayas, con el que parece un esclavo de cine. Anda con paso menudo, sufre de artrosis y vive contento de la vida. Una vez compró una radio y le dio por escuchar programas de variedades, de esos en que la gente habla de todo tipo de temas con eco en la voz. El aparatito era potente, irradiaba desde el vestíbulo al hueco del ascensor, y de ahí a todo el edificio. Un día mi padre fue a buscarme a la calle, y bajó ya impaciente porque cuando llegaba a casa quería ver a todo el mundo dentro: «¡Un día de éstos entro y echo el cerrojo a la puerta!». De vuelta a casa, arrastrándome de vuelta por el cuello, al cruzar el vestíbulo por tercera vez en poco tiempo, con el locutor leyendo el horóscopo, mi padre ordenó al portero que apagara aquella porquería. Y dijo que dónde se había visto nunca que un empleado se preocupara de la astrología, y menos aún un negro, que no tiene ni signo. Al portero aquello le pareció la cosa más graciosa. Vendió la radio y pasó meses riéndose y repitiendo «los negros no tienen signo, los negros no tienen signo».

Antes de tocar el timbre, intento espiar los movimientos de mi madre. Si estuviera en el cuarto, no se adelanta nada con tocar el timbre porque no oye. Pero a estas horas ya se ha levantado, ya se ha lavado la cara, ya se ha calentado la leche, mezclado la avena, y lo más probable es que esté sentada en el butacón de la sala, leyendo una revista de modas. Pero aunque pase junto a la puerta, arrastrando los pies, tosiendo y quejándose, creo que no es posible oírla desde fuera. La puerta del apartamento es una plancha de jacarandá pesada y oscura, con rombos en relieve y un florón tallado en el centro. En el velatorio de papá, cuando trajeron la tapa del ataúd, llegué a pensar que era la puerta.

Puede que mamá se haya dormido con la revista en el regazo, sin interés por las nuevas colecciones. Puede estar soñando de nuevo con el hombre de guantes en el teatro suspendido, que es papá porque mide metro noventa y camina inclinado hacia atrás, pero no es papá porque habla con acento y tiene cara de carnero. Pasada cierta edad, creo que el acervo de sueños se agota y empiezan a repetirse. Pero como nada es del todo pésimo, la memoria de los viejos suele flaquear, y ya no están seguros si soñaron o no aquel sueño. Van reconociendo los pasajes más sobresalientes y diciendo «así es», pero no saben con seguridad lo que viene después. Y si después viniera un precipicio, un incendio, un accidente de avión, la muerte de todos los parientes, una persecución por un laberinto, un cataclismo donde cualquiera despierta sobresaltado, y con falta de aire, y suelta un grito, se sienta en la cama y ya no puede dormir, los viejos dicen «ya lo sabía», o «¿no te avisé?». Y añaden otro sueño sin grandes expectativas, pero sin mayor enfado, prefiriendo volver a soñar todos los sueños a atender el timbre de la puerta. En verdad no sé si he llegado a tocar el timbre, pero empiezo a desistir de molestar a mi madre. Tarde o temprano abrirá la puerta, con la esperanza de recibir una carta del exterior o de esas revistas a las que se suscribe. Al encontrar la maleta, llamará al portero por el interfono, quien le dirá que la maleta es mía, y aplomándose el chaleco subirá para guardarla donde a mamá se le

ocurra.

Desde la acera de la playa, al otro lado de la avenida, mirando por encima de un flamboyán, puedo ver el octavo piso de mi madre. Pero ella nunca estaría en la ventana. La gente que vive frente al mar no se asoma a las ventanas. Las cristaleras están siempre cerradas a causa de la maresía, que oxida los metales, y para conservar el aire acondicionado. Esta gente aún coloca cortinas con forro detrás de las cristaleras, y las fachadas a lo largo de la playa están vestidas con cortinas del revés. En las casas más modernas, los arquitectos crearon terrazos imitando *decks*, decorados con muebles de mimbre o metacrilato, y macetas con palmeras o helechos. Pero a la gente de los edificios modernos también les da pudor asomarse a las terrazas.

Supongamos que mamá no abra hoy la puerta. Supongamos que mañana llegue una carta de España, y el portero suba para colocarla verticalmente equilibrada entre el felpudo y la puerta, como mamá recomienda. Al encontrar la maleta se quedará confundido, y acabará tocando el timbre, desobedeciendo las instrucciones. Bajará sin ser atendido, pero dormirá con aquello en la cabeza. A la mañana siguiente, muy temprano, volverá a subir, y viendo la maleta caída y la carta de pie, tocará el timbre muchas veces e intentará forzar la puerta que, además del cerrojo, tiene ahora un cierre de seguridad semejante al de una caja fuerte. Finalmente llamará a la comisaría, que mandará a una patrullita de dos policías, que apartarán la maleta, la carta y el felpudo para husmear por debajo de la puerta, recomendando precaución con los fósforos. Acudirá además el cuerpo de bomberos para derribarla, pero el comandante preferirá pedir permiso al noveno piso para bajar por la ventana. Con un pañuelo en la nariz abrirá la puerta por dentro, y el portero tendrá que asistir al atropello de bomberos y policías que desbarajustan la sala de visitas, empujan el butacón, avanzan por el pasillo, invaden el cuarto de mi madre, abren las ventanas de par en par y tropiezan en la puerta del cuarto de baño. Un sargento obeso se lanzará contra la puerta, cayendo con ella sobre la taza, y el comandante saltará por encima del sargento, empuñando un machete. Tras los cristales rotos, bomberos y policías permanecerán algún tiempo en el vano de la puerta, mirando todos en la misma dirección, de modo que al portero le resulta imposible ver lo que ellos ven en la bañera.

Abrirán paso a un tipo de traje arrugado que no se detendrá mucho tiempo dentro. Ordenará al portero que lo acompañe a la sala, donde le preguntará por algún pariente de la víctima a quien pueda comunicarle lo ocurrido. El portero dirá que la viuda era de muy buena familia y bien relacionada, lo que no le interesará al inspector. Entonces dirá que en el cajón de la mesa de la portería tiene el teléfono de la hija mayor, lo que para el inspector será suficiente. Ansioso, el portero añadirá que existe otro hijo, y mirará la maleta detrás de la puerta, disimuladamente. Pero al ser hombre

de una pureza viciosa, no sabrá mirar la maleta disimuladamente; primero mirará la maleta, y después mirará al inspector disimuladamente. Lo que equivaldrá a una delación. La maleta, que habría permanecido inocente, inodora, fuera de camino y de consideración, será expuesta en la sala por un policía, y su contenido revuelto en presencia del inspector y de los bomberos. El olor destapado apagará los vestigios de gas en el piso.

Estaba yo en la playa mirando el mar, el mar, el mar vomitando el mar, y ahora ya no es fácil cruzar de vuelta la avenida. Sé que es algo más de mediodía porque el movimiento de los coches es igual de intenso en ambos sentidos. Llevo diez o veinte minutos metido en el parterre central, junto a un poste con anuncios de cigarrillos y reloj digital estropeado, y sus números inacabados parecen un extraño alfabeto. Alcanzo y agito el portón de hierro forjado de la casa de mi madre, que el portero viene a abrir andando deprisa y llegando despacio, como un muñeco de cuerda. Subo al octavo piso y la maleta continúa allí, postrada. Vuelvo al ascensor arrastrándola con los pies. Sin saber por qué, dejo la maleta trabando la puerta de hierro plegable, pulso con violencia el timbre de mi madre y entro corriendo en el ascensor. Al verme bajar con la maleta, el portero abre la boca con intención de decir «¿acaba de llegar de viaje el señorito y ya se va otra vez?», pero el interfono suena en su mesa. Lo atiende y casi puedo oír la voz de mi madre reclamando por el timbre disparado. El portero no dice nada, apenas asiente con la cabeza, pero lo hace con una solicitud que debe de llegar allí arriba. Cuelga y dice «el doctor Lastriglianza del tercer piso ha visto el ratoncito». Se estira el borde del chaleco a rayas y sube por el ascensor del servicio. Permanezco veinte o cuarenta minutos solo en la portería, mirando el interfono, creyendo que va a sonar de nuevo.

Me alejo por las calles llenas de comercios, cambiando la maleta de mano en cada manzana. Cuando ambas están en carne viva, intento llevar la maleta en brazos, como un enfermero transporta a un viejo. Me alivia bastante, pero no consigo ver por dónde voy. Me paro en la esquina de dos avenidas sin árboles y resuelvo entrar en una tienda acristalada, que tomé por una pastelería pero que es una agencia bancaria. En cuanto pongo los pies allá adentro, a pesar del aire fresco, siento que puedo haber dado un mal paso. A la misma entrada hay un vigilante dentro de una cápsula de acero, los ojos como una pareja de peces gravitando en el visor. También son del banco los dos vigilantes armados de la esquina, que yo había creído guardias de tráfico. Más temerario que haber entrado en un banco con esta maleta sería dar media vuelta y salir; los hombres que entran y salen con desenvoltura llevan maletines de cuero fino o maletas tipo 007. Sólo me queda sentarme en un rincón del sofá, en la entreplanta enmoquetada donde varias personas con sobres en brazos parecen esperar algo.

Me siento frente a una muchacha que creo conocer y no recuerdo de dónde. Ella

también me mira, pero no me saluda, no me sonrío, más bien me da la impresión de que tiene los ojos húmedos. Cuando veo las muletas apoyadas en el brazo de su sofá, caigo en que es la hermana de un antiguo conocido mío, uno que daba fiestas en una casa con almendros. Ella continúa mirándome sin saludarme, y no entiendo por qué ha decidido llorar en una agencia bancaria. Ciertamente es paralítica, pero ya lo era en aquel tiempo, creo que tuvo poliomielitis a los quince años. En la época de las fiestas, con unos veinte, ya debía estar resignada, pero la verdad es que nunca me paré a pensar en sus sentimientos. En el salón, por supuesto, no aparecía. Yo no podía adivinar si subía al cuarto, si entreabría la puerta y apagaba la luz y se quedaba mirándonos sin ser vista. Puede ser que llorase el sábado entero, admirando la fiesta y sin poder bailar. Y nadie sabrá si a media noche cerraba la puerta, gemía en la cama y cuanto más ahondaba la cabeza en la almohada más oía dum dudum dudum, el contrabajo. Se comprende que hoy, al mirarme, se acuerde de aquellas fiestas y le vuelvan las ganas de llorar.

Un hombre dice «diecinueve», y ella clava las muletas en la moqueta, irguiéndose como un gimnasta en la barra fija. Tiene los hombros muy anchos, pero aparte de eso parece que está bien hecha de cuerpo. Viste pantalón largo e imagino que sus piernas tendrán quince años para siempre. Pasa a mi lado, y mis ojos la siguen, viendo un movimiento donde no puede haberlo, pero donde aún juegan las sombras de un movimiento; o será un movimiento ficticio que ella, por algún arte, aprendió a sugerir. Antes de sentarse con el gerente se vuelve hacia atrás, y tiene los ojos enrojecidos, las mejillas enrojecidas, el cuello hinchado. Miro hacia otro lado y me vuelvo frente al escaparate que, con la luz fría del banco y una columna detrás, se ha transformado en espejo. Hacía tanto tiempo que no veía un espejo, que éste me toma por otra persona.

La consulta con el gerente es breve, y cuando ella sale del banco salgo con ella. Ningún policía del mundo sopesaría la maleta del acompañante de una paralítica. Lo difícil es competir con el paso de sus muletas, con el hándicap de la maleta que ahora me cargo a la espalda. La mujercita es atrevida, atraviesa la calle sin mirar y los coches que nunca se detienen con la luz en rojo frenan para que ella pase. Me voy quedando atrás, y apenas consigo ver con precisión el edificio en el que ella entra. Pero es un edificio con revestimiento de azulejos azules, la mitad de ellos soltándose, donde debe vivir con el hermano. Cuando el hermano la vea entrar con lágrimas en los ojos, entenderá que le han negado el préstamo. Irritado contra el capitalismo, dirá que no sabe para qué sirve un banco, si no da dinero ni para una cliente impedida. Creyéndose atacada, ella dirá que toda la culpa es de él, que se endeudó dando fiesta tras fiesta. Él dirá «muy bien, muy bien», pensando echarle a ella en cara la factura de los medicamentos importados, sin hablar de la fisioterapia que no sirve para nada. Leyendo como siempre el pensamiento del hermano, ella dirá que el tratamiento médico sale de sus ahorros, y que fue por cargar con las fiestas por lo que tuvieron que vender la casa de los almendros. Él dirá «muy bien, muy bien», pensando en la

casa de los almendros. A ella se le afinará la voz, y dirá que ya fue humillante ir a vivir a un apartamento de dos habitaciones, en el peor edificio del barrio, al que se le caen los azulejos, dando tres fiestas a la semana. Él dirá «muy bien, muy bien» pensando en nada. Ella dirá que, si nadie pone freno a esas fiestas, los dos van a acabar viviendo en un estudio. Él dirá «muy bien, muy bien», pensando en la inauguración del estudio.

En la misma avenida sin árboles del edificio de azulejos, dos manzanas más allá, vive mi amigo. El suyo es un edificio desteñido y franco, que ha llegado ya a un acuerdo con el tiempo. Su fachada áspera será siempre la misma, porque además sus propietarios han fallecido, sus inquilinos tienen contratos confusos, y las inmobiliarias desistieron de echarlo abajo. Es un edificio de tres pisos que poca gente advierte, y a quien lo advierte no le gustaría vivir en él, pero quien vive en él dice que de allí sólo sale para el cementerio. En el frontal de la pequeña marquesina continúa escrito *Edificio Conenal*, con las letras de latón que permanecen adheridas a la argamasa. Todos coinciden en que el nombre de bautismo fue *Continental*, excepto dos ancianos que viven allí desde recién casados; ella asegura que en su época el edificio se llamaba *Confidencial*, y él recuerda muy bien lo de *Edificio Conde Arnaldo*.

Pasados cinco años, la puerta aún se abre por dentro, metiendo la mano por el agujero de un cristal roto. En su garito, situado al fondo de la planta baja, el portero no se pierde el programa del pastor Azéa, y menos ahora que lo dan por televisión. No hay ascensor, y la luz de la escalera se apaga sola un minuto después de encenderla. Antes me bastaba un minuto para llegar al tercer piso, pero hoy, con la maleta, sujetando el asa con los nudillos de los dedos, el apagón me sorprende antes del primer descansillo. No hay interruptor en medio de la escalera, y siento que en la oscuridad la maleta pesa el doble. Al llegar al primer piso, pienso pedirle ayuda a mi amigo. Enciendo la luz.

Mi amigo me estuvo buscando después de casarme, pero nunca supe lo que quería. Dio con mi teléfono, y recuerdo ahora que llamaba a unas horas que mi ex mujer juzgaba inoportunas. Ella lo cogía y decía que yo estaba en el trabajo, de guardia, pero él no se lo creía demasiado. Volvía a llamar diez minutos después, y mi ex mujer siempre cogía el aparato antes que yo. Y si algo la ponía enferma era decir «¡hola!» y que nadie se diera a conocer al otro lado. Yo pensaba que alguna vez podía ser mi madre, pero ella juraba que no, era siempre él. El silencio era suyo, mi ex mujer, que ya no simpatizaba con mi amigo, comenzó a detestar el teléfono. A cualquier hora que sonase decía «déjalo sonar, es el tipo ese». En la cama me preguntaba qué era lo que aquel hombre quería de mí, pero yo no podía saberlo, nunca cogí el teléfono. Y cuando decidió descolgar el teléfono de una vez para siempre, lo consideré una buena medida. Enciendo la luz.

Es necesario que lleve solo esta maleta hasta el final. En cuanto él abra la puerta pretendo empujarla adentro y bajar sin decir nada. Permanecerá algún tiempo mirando la maleta, dos horas mirando esa maleta amorfa, y podrá concluir que he ido a devolverle sus libros. Sí, los poetas, o las novelas, o la filosofía, la historia universal, el atlas, la enciclopedia, a saber cuántos volúmenes devueltos con cinco años de retraso, de ahí que huya avergonzado. Al no acordarse de los libros que me prestó, mi amigo abrirá la maleta con curiosa nostalgia, como si abriera una herencia de sí mismo. Surgirán las hojas de plátano, ya dilaceradas, y bajo ellas la marihuana. La primera reacción será de repugnancia, menos por la marihuana que por lo inesperado. Como repugna la consistencia de lo que se pone en la boca por equivocación. Mi amigo cerrará la maleta inmediatamente, pero la idea de la marihuana quedará fuera. Y cuando abra la maleta por segunda vez, lo hará con el reverso de la curiosidad; la abrirá pasando la mano por el interior, con el deleite de descubrir lentamente lo que está más que sabido.

Enciendo la luz y me lanzo al próximo tramo. La seguridad de que la maleta estará en buenas manos es estimulante. La imagino abierta en el suelo de la sala, mi amigo oyendo a los clásicos, las visitas sirviéndose, y en menos de un mes apuesto a que sale tras la pista de mi nueva dirección. Es capaz de preguntar por mí en la *boutique* de mi ex mujer. Tal vez hasta llame a casa de mi madre a una hora inoportuna, pero sé que nunca más me encontrará.

La luz automática se apaga cuando estoy a dos escalones del segundo piso; aquí la oscuridad es parcial porque un pequeño haz de luz llega del pasillo. De una puerta entreabierta escapa también un olor a ajo y la voz de una mujer cantando «vivo pensando en el mal, en lo que puede ocurrir...». Interrumpe la canción y sospecho que ha oído algún ruido. Pero enseguida se acuerda de la letra y comienza de nuevo «... sé que tú me desprecias, y no puedo sufrir más».

Paso sin detenerme por el descansillo semiiluminado, y subo el último tramo sin ver nada, haciendo escala en el octavo o el noveno escalón. Es un escalón ingrato, en plena curva, donde la maleta no cabe del todo. Queda en pendiente, es un peso muerto y siento que mis dedos quieren soltar el asa. Pero ya tengo un pie en el tercer piso y creo que la maleta obedecerá a un último estirón. Cuando me veo en el aire, no sé si la maleta me ha empujado con tamaña furia, o si me dio una arremetida alguien que bajaba a la carrera. Caigo con la cara derecha contra la arista de un escalón, y oigo la maleta que retumba escalera abajo, como si corriera detrás de alguien. La mujer que cantaba abre la puerta, y su franja de luz se transforma en un *spot*, enfocando la maleta dividida en dos lados. La mujer es una india bajita con un pañuelo en la cabeza y se agacha para oler la yerba desparramada. Después se escurre por la escalera, vuelve para encender la luz, se escurre por la escalera y no me ve estirado algo por encima de su descansillo. Debe haberse topado con el portero que estaba subiendo, pues los dos empiezan a discutir en el primer piso. En el tercero, tengo la impresión de oír chorros de voz, como de un hombre sin fuerza para llorar

plenamente. Me levanto haciendo palanca con los codos; me sangra el rostro y me cuesta despegarlo de la piedra. La india y el portero suben discutiendo, y yo entro por la puerta de la cocina que ella dejó abierta. En la sartén hay un sofrito en el que predomina el ajo, y los aros de cebolla empiezan a dorarse. La india y el portero discuten ahora en torno a la maleta; él pregunta si cayó del cielo, y ella dice que vio cómo la tiraron desde arriba. Suben un tramo más y yo dejo la cocina; doy un doble salto sobre la maleta, y patino sobre la marihuana. El portero y la india gritan en el tercer piso y ya no sé si es discusión, pues me parecen gritos paralelos. Cuando bajo el último escalón, una voz en la planta baja pide misericordia, pero es la oración del pastor Azéa.

Salgo del edificio y enseguida se oscurece todo; me imagino un día que se apagase a cada minuto. Me apoyo en la pared de argamasa, me dejo deslizar arañándome la espalda, y me siento con la cabeza entre las piernas. Convertido en concha, oigo voces lejanas, creo oír sirenas. Cuando me levanto puede que esté viendo las cosas más nítidas de lo que son. Veo a un negro descoyuntado que surge por la otra punta de la avenida. Viene por el centro de la calle, bamboleándose en el embotellamiento, y lleva un ceñido bañador de goma imitando piel de leopardo. Pasa junto a mí con una sonrisa idiota. Va a entrar en el edificio de mi amigo con una navaja en la mano, pelando una naranja.

El coche de la policía, de tanto forzar el paso, acaba haciendo un nudo en el tráfico. Sonando y girando sin salir del lugar, su sirena parece una propaganda. En la acera ya no cabe más público, que acude de las calles transversales, y no le gusta verme avanzar en sentido contrario. La multitud me cierra todos los caminos, pero la verdad es que soy yo el obstáculo en el camino de la multitud. Camino aplastado contra las paredes hasta ser expedido por la puerta endeble de una cerca.

Entro en el terreno de una casa en demolición. Las obras están paradas y los escombros se acumulan al final del terreno. Escalando los escombros llego al final de una pared que da a la espalda de una escuela pública. Salto al patio y caigo al lado de un tipo con cuello vuelto, que fuma apoyado en la pared. El tipo no abre la boca; me mira, después mira el reloj, como si esperara allí desde hace bastante tiempo. Sale andando conmigo, tal vez sea un profesor que fuma a escondidas, para no dar mal ejemplo. Me acompaña por el lateral de la escuela, junto a las ventanas de las aulas y algunos alumnos se divierten con nuestras cabezas. Salgo de la escuela, doblo la esquina, y él junto a mí. Fuma cigarrillos sin filtro que golpea en la esfera del reloj antes de encender el uno con el otro. Y no sé cómo no se asfixia con ese jersey de lana cerrado hasta el cuello.

Si decidiera correr, no me alcanzaría jamás. Podría meterme en el garaje de un edificio, saltar a otra calle. Pero cuando él entra en un bar para comprar cigarrillos, no

sé por qué, espero fuera. Empiezo a acostumbrarme a esta compañía tácita; es un poco como si anduviera con alguien de la familia, un hermano mucho mayor que yo, un tío extemporáneo. Entramos en un *shopping*. La *boutique* donde trabaja mi ex mujer no tiene rótulo, pero yo la distingo de lejos. Veo a la dueña de la *boutique* en la puerta y no sé si ella me ve, pues da media vuelta y entra.

Han cerrado la puerta de la *boutique*. Mi ex mujer está sentada en la moqueta, de espaldas al escaparate, ordenando las piezas de ropa. Abre los brazos, estira un chal de seda con las puntas de los dedos y lo extiende al aire. El chal se posa en forma de mariposa, pero ella no queda convencida y repite la operación. Mi ex mujer tiene ese estilo de sentarse en el suelo, con las piernas dobladas hacia afuera como una W, que ya intenté imitar y me dieron calambres. Lleva moño y sus cabellos en la nuca son más finos y claros que el resto, y ensortijados. Tengo la impresión de que se erizarían si yo soplara levemente. Golpeo en el escaparate, pero ella continúa peleándose con el chal. El vendedor de rostro pálido va y viene con unas perchas y parece empeñado en no verme. Va pasando prendas a mi mujer con el rostro vuelto hacia otro lado, como si pasara la toalla a una mujer púdica en el baño. La dueña de la *boutique* repasa la contabilidad detrás del mostrador. Padece de vista cansada, pero no quiere usar gafas, por lo que aleja el rostro del libro de caja y eso le da una expresión de desconfianza.

Pulso el timbre, que acabo de distinguir junto a la puerta, y no lo oigo sonar. Los cristales deben ser a prueba de ruido, pues la dueña de la *boutique* le dice algo a mi ex mujer, y tampoco lo oigo. Ahora quien toca el timbre es el profesor, del que me había olvidado ya. Dentro, nadie se mueve, pero es imposible que el timbre esté estropeado. Aún es horario comercial y la puerta no tiene por qué estar cerrada. Decido dejar el dedo apoyado en aquel botón hasta que ocurra algo. Ocurre que la dueña cierra el libro, da un golpe en la mesa y coge el teléfono rojo. Mi ex mujer salta y pone la mano en la mano de la dueña, consiguiendo disuadirla de llamar a la policía. Cuando la dueña cuelga el teléfono, es el profesor quien apoya el dedo en el timbre. Le tiro del brazo y se desequilibra un poco. Mira el reloj, enciende un cigarrillo con otro y se va, subiendo la escalera mecánica.

Iba tras el profesor, cuando vi que una señora ancha de caderas, vestida con una túnica, llegaba a la *boutique* y entraba. Regreso corriendo, y vuelven a cerrar la puerta. Toco el timbre, y sólo la clienta ancha de caderas me mira. Me pongo a sacudir la puerta, y de repente se produce una explosión. La dueña de la *boutique* suelta un grito, la clienta se queda oscilando, el dependiente pálido levanta una percha, y mi ex mujer corre hacia el teléfono rojo. Ha explotado la puerta blindada, pulverizándose casi, dejando montículos de granos azulados en el umbral y en mi pelo. Mi ex mujer ha marcado tres números, y está hablando bajito, cubriéndose la boca y el auricular. Ya no hay puerta, pero tampoco tengo ganas de entrar. He olvidado lo que quería proponerle a mi ex mujer.

Salgo mirando otros escaparates. Al pie de la escalera mecánica me emparejo con

el profesor, que bajaba de la entreplanta. Pero él ya no acompaña mi paso; se para cuando yo ando, anda cuando yo me paro, entra y sale de una papelería de puerta giratoria. En la acera, frente al *shopping*, veo aparcar una furgoneta blanca con cristales blancos, con la inscripción «aicnalubma» en el capó, y en las puertas «Sanatorio Dr. Berdoch». Un enfermero grande baja sonriendo y abriendo los brazos hacia el profesor. Éste mira el reloj, se deja abrazar, y entra en el coche con el enfermero.

Estoy decidiendo hacia dónde ir cuando una mano pesada cae sobre mi hombro y me hace crujir la clavícula. Supongo que es otro enfermero, pero es un colega aún más grande, con chaquetón beige y perfume de lavanda; debe de ser el guarda de seguridad del *shopping*, pues comienza a palparme. Un coche negro de cristales negros aparca donde estaba la ambulancia, y da siete bocinazos cortos y cadenciosos. El de seguridad me olvida y va a atender la bocina. Tiene que doblar el tronco para oír a la mujer del fondo del coche, y queda con el culo empinado. El chófer baja y abre la puerta de atrás para que yo entre.

La amiga flacucha de mi hermana está curvada en el asiento, con la cabeza metida en una bolsa de tenis, en la que rebusca con las dos manos. Dice «¡hola!» y, con la voz ahogada, algo más que no entiendo. Lleva una faldita blanca, y tiene los muslos poco más gruesos que las piernas, sin celulitis. Cuando el coche entra en el túnel, veo que lo que buscaba en la bolsa es un tampón. Está oscuro, pero puedo verla deshacer el tampón y empapar el algodón con un perfume que vierte de un frasco en forma de lágrima. Al salir del túnel empieza a aplicarme el algodón perfumado en el lado derecho de mi rostro. Va absorbiendo los trozos de vidrio que cayeron de mis cabellos y penetraron en las heridas que encontraron abiertas. Hay más cristales de los que yo pensaba porque, cuando estruja el algodón, éste crepita.

El chófer da la vuelta en un lugar prohibido, toma un viaducto provisional, entra por unas calles particulares y, para sorpresa mía, estamos subiendo las cuestas que van a dar al condominio de mi hermana. Yo no voy a casa de mi hermana. Miro a la flacucha y ahora tiene la boca cerrada, los labios retraídos, una boca de mujer vengativa. Es posible que se haya acordado de la otra noche, de cómo me agarró cuando yo dejaba el vestidor y de cómo la abandoné en la penumbra. Tal vez atravesase una crisis de edad, y el recuerdo la irá atormentando cada vez más mientras el coche trepida en las cuestas. Meterá prisa al chófer, le ordenará que suba al máximo el aire acondicionado. Mirará al techo, a la coronilla del chófer, mirará por la ventana casi opaca, bajará los ojos. Juntará las rodillas, y odiará poseer dos muslos que no se tocan, ni cuando está sentada. Abrirá el tampón de algodón, y tendrá ganas de reponer cada trozo de vidrio en mi sangre. Presiento que cuando entremos en casa, mi hermana, al ver la cara de su amiga, dirá «niña, ¿qué te ha pasado?». Y entonces la flacucha me señalará, sin mirarme; al no poderme condenar por el desaire, le biquearán los ojos y me denunciará por ladrón de joyas.

Me preparo para bajar en cuanto lleguemos a la garita, pero el vigilante reconoce de lejos el coche negro y abre el portón con anticipación. Podría tirarme sobre la flacucha, morderle los labios y encajarle un beso de lengua. Podría meterle la mano por debajo de aquella faldita, podría hacerlo todo deprisa allí mismo, pero el chófer sube por el condominio como un loco, haciendo chirriar los neumáticos, aporreando la bocina, y entra en el jardín de la casa 16 poniendo el césped de punta.

La flacucha coge la raqueta de detrás del respaldo, y baja saltando hacia la pista de tenis. Yo voy detrás, con la bolsa que ella olvidó en el asiento. Pienso que aquella

noche ella no pudo haber visto las joyas en mis bolsillos. Creo incluso que no vio muy bien de dónde salí. Aquella noche tal vez ni sabía a quién estaba agarrando. Rodea la piscina para llegar a la pista, y quien va a hacer una denuncia grave no salta así.

Mi cuñado está peloteando en el frontón de la cancha. Lleva, por fuera del *short*, una camiseta de punto color mostaza con un cocodrilo en el pecho izquierdo. Cambia dos besos con la flacucha en la red, y me dirige una especie de saludo militar. La flacucha pregunta «¿ha llamado?», y él dice «no». La flacucha dice «debe llamar hoy», y él «creo que no». Mi cuñado ha engordado varios kilos en pocos días, jadea, apoya un brazo en el hombro de la flacucha. Parecía quemado por el sol, pero, de cerca, su piel tiene aspecto de un bronceado terapéutico. La flacucha dice «en el aeropuerto la vi superangustiada». Pellizca con las uñas el cocodrilo de la camiseta de él, y dice «pero allá se recupera en un santiamén». Toman posición en sus campos y lanzan la pelota perezosamente. Deduzco que mi hermana se ha ido de viaje. Seguro que la víspera, haciendo las maletas, buscó las joyas. Está anocheciendo y los focos se encienden solos.

Va a empezar el partido. Mi cuñado lanza la pelota al aire con una mano, y con la otra lanza el saque, chillando como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. La pelota golpea en la red. En el segundo saque no grita, sólo tuerce la boca, y la pelota bota con efecto al otro lado. La flacucha, que empuña la raqueta con las dos manos, cruza las piernas y replica en dirección a mi cuñado, que devuelve la pelota al fondo del campo de ella y corre a la red. Creía que la flacucha no iba a llegar a tiempo, pero llega y hace vibrar su raqueta como una hoz, despachando la pelota hacia lo alto. Mi cuñado se lleva la raqueta a la nuca, preparando un golpe seco, pero queda dentro de la parábola y empieza a correr hacia atrás, y pierde el equilibrio, el cuerpo se acelera más que las piernas, la flacucha dice «ay, coño», y él se da con el espinazo en la alambrada. Vuelve al servicio, ahora en el lado izquierdo, y pierde algún tiempo estudiando la raqueta, pellizcando las cuerdas. Le tiro la bola que vino a parar a mí, pero la rechaza de un puntapié. Saca del bolsillo del *short* una pelota idéntica a la mía, la lanza al aire, suelta el grito, saca fuerte y va fuera. La flacucha da un paso adelante, esperando el segundo saque, pero él dice «¡bola buena!», dice «quince iguales» y vuelve a la posición inicial. Vi muy bien cómo la pelota cayó dos palmas fuera de la línea, pero la flacucha no protesta, se rasca la cabeza y va a colocarse para un nuevo resto.

Me subo a la silla verde y zancuda del juez. En el límite del terreno observo que una hilera reciente de ladrillos ha duplicado la altura del muro. Un poco más y el muro suplantaría las copas del huerto forestal. No me cabe duda que mi cuñado seguirá elevando el muro hasta vedar la visión de las montañas y el vuelo de los helicópteros. Cuando mi hermana vuelva, ya no hará viento aquí adentro, y los días serán mucho más cortos. Fijo la mirada en el muro, oigo que la pelota rebota en el suelo sintético, para allá y para acá, para allá y para acá, la voz de mi cuñado cada

vez más remota, y parece que estoy elevándome poco a poco, como si mi silla estuviera en una grúa. O será que mi cuñado se hunde lentamente en un cráter, sucumbiendo a una avalancha de pelotas de tenis. Despierto cuando tira la raqueta al suelo y dice «así me desconcentro». Yo no hice nada, sólo estaba pensando, pero veo enseguida que la culpa es del camarero, que acaba de entrar en la pista sin pedir permiso.

El camarero deposita la bandeja en una mesa verde, y saca de una cubitera tres copitas sudadas y la botella de vodka envuelta en una capa de hielo. Mi cuñado y la flacucha vienen hasta el borde del campo, él pasándose una toalla por el rostro y el cuello empapados. Bajo de la silla, y el camarero enguantado sirve la bebida. Al volverse para alargarme la copa, exhibe un hematoma en la mejilla derecha, que va del temporal al maxilar; alrededor de una cavidad de piel amarillenta, se estamparon tres arcos salientes, granate, violeta y negro, y el canto de la boca es una costra de sangre magullada. Cuando se va con la bandeja vacía, la flacucha dice «pobrecito». Bebe el vodka de un trago y grita «¡Hidrólío!». El camarero, un poco alejado ya, dice «señora», y la flacucha, «nada, nada». «Creía que Hidrólío se había quedado sordo», dice, pero mi cuñado aclara que lo que ha perdido es el olfato. Y que el médico aún no sabe si la anosmia es consecuencia de los culatazos o del trauma psicológico. La flacucha hace crujir los dedos, dice «¡ah!», y va a revolver en la bolsa de tenis que dejé sobre un banco de listones verdes. Trae un piano en miniatura y, al levantar la cola, suena un vals. Saca del piano un comprimido tranquilizante, que asegura es supereficaz, y se lo da a mi cuñado para que lo ingiera con el vodka, porque duplica el efecto.

Beben una copa más y dejan la pista sin cruzar palabra; él carga con las dos raquetas y la bolsa de ella. Los acompaño hasta el vestuario de la piscina, pero entran en la sauna y cierran deprisa la puerta para que no se vaya el vapor. Rodeo la piscina tres veces, después vuelvo a la pista. La botella de vodka está por la mitad y vacío una copa de un trago. Rodeo la pista y mis zapatillas gimen en el suelo de goma verde. Recupero la botella y me bebo el resto del vodka a morro. Al pie de la reja metálica verde la profusión de pelotas amarillas parece un bancal de flores. Las cojo una por una, con idea de inventar un juego. Ya he reunido una brazada cuando se apagan los focos. Tiro las pelotas al aire y son fosforescentes. Durante un instante experimento una especie de alegría, con la sensación de respirar más aire del que necesito.

Al dejar la pista, tropiezo con la mesa y tiro la cubitera con la botella, las copas se rompen. Entro en el vestuario, enciendo la luz, me meto en la sauna y cierro rápidamente la puerta; pero ya no hay vapor y el agua que cubre los ladrillos está casi fría. En las gradas hay una toalla, un tarro de crema hidratante, una maquinilla de afeitar desechable y una almohada de espuma a rayas. Estiro la toalla, me tumbo sobre ella, la almohada regurgita en mi oreja, y creo que voy a dormirme. Creo que estoy durmiendo cuando un muchacho con turbante aparece en la puerta. Tres crías

de dóberman pasan corriendo entre sus piernas y se deslizan con la barriga sobre los ladrillos. El muchacho tiene una mancha de mercromina en la cabeza vendada, agita una bayeta, y dice que la cena está en la mesa.

Cuando entro en el comedor veo a mi sobrina con el rostro desfigurado. Me siento frente a ella, y es evidente que ha estado jugando con el maquillaje de su madre. Tiene una mejilla verde, la otra con una costra de colorete marrón, y la boca emborrionada con el lápiz de labios parece un tomate. Araña con las púas del tenedor el plato vacío, y el brazo de la flacucha a mi lado parece piel de gallina. El camarero trae una fuente con un mero al horno, que sirve a la francesa. Después de la flacucha me toca a mí, pero no tengo hambre de pescado. Pico unas patatas doradas, con media cucharada de harina de mandioca pero nada me apetece. Tomo una copa de vino blanco, y temo haber perdido el olfato. La niña vuelve a arañar el esmalte del plato, con lo que me rechina la raíz de los dientes. Mi cuñado se sirve una rodaja gruesa, después cava un túnel dentro del pescado, buscando más harina de mandioca. El camarero se lleva el pescado y vuelve con una fuente de arroz. La flacucha le ordena dejar el arroz sobre la mesa y atender de una vez a la niña, que ahora arrastra el cuchillo, al viés, por el fondo del plato. El camarero viene con una sopera humeante, sin tapa. Llena el plato de la niña con raviolis en salsa blanca, y esparce queso parmesano por encima. La niña se pone a aplastar los raviolis, que están rellenos de espinacas. Nota que la observo, y levanta el plato con las dos manos, como ofreciéndome los raviolis. Pero de repente vuelca el plato sobre su propia cabeza y la bechamel se escurre por su rostro pintado. Viene la niñera y se lleva a la niña afuera.

La flacucha cruza los cubiertos y empieza a cantar «hmmmmmmmm», una melodía extraña que debe estar inventando sobre la marcha. Un mechón mojado pende en su frente como un muelle, y lleva un chándal de rizo con capucha en la espalda. Mi cuñado, con restos de harina en la boca, dice que ha tenido dos entrevistas con la psicóloga de la niña. Le aconsejó hablar abiertamente con la hija, pues, aunque estuviera durmiendo, por algún canal grabó todo lo que ocurrió la noche del asalto. Se hace un silencio mientras el camarero rodea la mesa, llenando las copas de vino. Enseguida la flacucha aprueba a la psicóloga, y dice que la niña necesita elaborar sus fantasías. Mi cuñado dice «mierda», aparta el plato con restos de piel y espinas del pescado, y dice que todavía tiene el sabor a hierro en el cielo de la boca. El camarero entra con el carrito y retira los platos sin apilarlos. Pienso en aprovechar la pausa para despedirme, pero la flacucha da un salto en la silla y dice «ya lo sé»; abre una agenda electrónica y recuerda que, con la diferencia horaria, a estas horas mi hermana ya debe estar en el hotel. El camarero trae una bandeja con el teléfono inalámbrico. Mi cuñado ordena retirarse al camarero, y dice que mi hermana necesita distraerse. Intento imaginar a mi hermana en una habitación de un hotel extranjero,

pero mi cuñado me interrumpe para preguntar si vi la cara de los bandidos en los periódicos. No vi nada, pero asiento con la cabeza para abreviar la conversación. La flacucha dice que le dio pena el muchachote, el de la cara de surfista. Mi cuñado dice que ése era el más peligroso, porque estaba totalmente colgado. La flacucha no cree que el surfista fuera peor que el negrote. Mi cuñado dice que el negrote por lo menos era un profesional, no le temblaba la mano. Entra el camarero con el carrito de los postres, y la flacucha canta «hmmmmmmmm». Pienso en mi hermana sentada en el borde de la cama del hotel, tal vez engullendo el tranquilizante con vino de Oporto, y mi cuñado pregunta si he leído la historia de los dólares que montaron los periódicos. Asiento con la cabeza, queriendo cambiar de tema, y la flacucha dice que los periódicos necesitaban inflar la noticia, pues no tenía gracia publicar que los ladrones salieron de esta casa con las manos vacías. Mi cuñado dice que nadie guarda un millón de dólares en casa, además ya nadie tiene caja fuerte en casa. La flacucha golpea tres veces en la madera de su respaldo, y dice que en el próximo asalto conviene recibir a los ladrones en la puerta con un millón de dólares. En eso está de acuerdo mi cuñado, pues se ahorraría pasar tres horas con el cañón de un revólver dentro de la boca. Y tampoco mi hermana tendría que revolver el vestidor, como una loca, detrás de las joyas, según la flacucha. Dicho eso, me da con el codo. Viene el camarero para servir vino y mi cuñado se da cuenta de que ella me da con el codo por segunda vez. Me hago el distraído, pero ella pone su mano sobre la mía y pregunta si prefiero helado de canela, de ciruela o una bola de cada uno. Mi cuñado dice que en ese punto los periódicos fueron decentes, respetaron a mi hermana. Quiero pensar en mi hermana angustiada, andando lentamente por el pasillo del hotel, pero ahora no consigo recordar su rostro. Mi cuñado me pregunta si sabía que mi hermana propuso a los criminales entregarles todas las joyas, y asiento con la cabeza. Él dice que eso no salió en los periódicos, pero la flacucha asegura que toda la ciudad comenta el caso. Mi cuñado me pregunta si sabía que las joyas habían desaparecido. Me paso la servilleta por la boca al ver residuos de harina húmeda en el labio inferior de mi cuñado. Me pregunta si sabía lo que los criminales hicieron con mi hermana en el suelo del vestidor. A pesar de la refrigeración central, mi cuñado transpira con abundancia en lo alto de la frente y en el cuello, y tiene los ojos desorbitados. Dice «¿lo sabías?», repite «¿sí?», y espera que yo diga «no», para satisfacer la compulsión de contar todo lo que hicieron con mi hermana en el suelo del vestidor. Asiento con la cabeza, y el camarero avisa de que el comisario está llegando. La flacucha ordena al camarero servir el café en el salón.

No es la primera vez que me flaquean las piernas cuando me levanto bruscamente. Doy tres pasos tontos antes de afirmarme, y la flacucha se ríe, piensa que estoy bebido. Me acuerdo de mi padre, que se quejaba de hormigueo, creía que era cardíaco y se hacía chequeos todos los meses. Al dejar el comedor, con la flacucha delante y mi cuñado detrás de mí, me precipito al cuarto de baño. Siempre que necesito orinar de prisa lamento llevar el pene en el lado derecho, que es el erróneo, lo que me obliga a darle una vuelta antes de sacarlo fuera. Veo por fin el centro de la taza, tengo la vejiga repleta, pero el líquido arde y se niega a salir. Algo me inhibe. Es como si la mano que agarra el pene no me perteneciera. Tengo la sensación de que a mi lado hay alguien invisible cogiéndome el pene. Agito la mano, articulo los dedos, altero el puño, tomo conciencia de mi mano, pero ahora es como si yo manipulara el pene de un extraño delante de mí. Ya no siento la vejiga, desisto, cierro la bragueta.

El camarero me espera a la salida del cuarto de baño para acompañarme entre los salones, por un pasillo tan amplio que en sí mismo ya es un salón. Hay en el recorrido una colección de alfombras desiguales, dispuestas de modo asimétrico sobre el suelo de parquet. Imagino un archipiélago, y tengo que saltar de una alfombra a otra, a veces con estrépito. De la última alfombra al mármol del salón principal hay un océano de madera que me resisto a pisar.

Aunque no me vean, sé que notan mi presencia, pues el salón está silencioso. Pienso que dos conocidos pueden agotar un asunto, cuatro pueden mirarse recíprocamente y quedarse cortados algún tiempo, pero no es natural que tres personas permanezcan calladas en una sala, dada la propia inquietud de los números impares. Finalmente la flacucha tose sin ganas de toser, y mi cuñado me señala levantando la copa, diciendo «es ése». El comisario se levanta ligero, con lo que parece rasgar el tapizado, pues su chaqueta ajedrezada se confunde con la tela inglesa del sofá. Se aproxima sonriente, es joven, metro noventa y cinco, lleva el pelo recogido en una breve cola, viste vaqueros, botines de ante, y me extiende la mano. No recuerdo si lo conozco de la televisión, de fotos en los periódicos, de portadas de revistas, pero sé que se trata de un hombre famoso; alguien al que las personas se encuentran y miran dos veces, porque a la primera la piel parece falsa, y eso es la fama.

Me saluda de un modo que cree informal, con la mano atravesada, y guía mi

espalda con la otra mano hasta una butaca sin brazos. Se reacomoda casi tumbado en su sofá, con las piernas cruzadas sobre la mesa del centro. Coge una copa de licor azul, que no bebe, y habla como si diera las cartas, interesándose por cada uno de nosotros a intervalos precisos. A veces también parece dirigirse a un interlocutor levitante, y descubro que es su imagen reflejada en los cristales inclinados.

Por lo que el comisario habla, deduzco que cierta madrugada subió por esta urbanización en un coche con la sirena puesta, y al entrar en la casa se encontró con dos vigilantes fusilados, tres perros ídem, un chófer agonizante, además de dos criados heridos en la cabeza, ventanas rotas, paredes y obras de arte arañadas por balas, sangre fresca en la escalera principal, la niñera agarrada a la niña dentro de una habitación, la habitación de matrimonio patas arriba, el vestidor, mi hermana idiotizada. Después de la llegada de las ambulancias, tomó una copa en el *office* con mi cuñado en pijama y tartamudo, y debe haber oído cuatro veces el relato de lo que hicieron con mi hermana en el suelo del vestidor. Deduzco que muy de mañana convocó a siete auxiliares para hacer una incursión en una favela enclavada en la otra punta del huerto forestal, donde detuvo a dos elementos escapados del presidio, que no ofrecieron resistencia y confesaron la autoría del asalto. Inspeccionó el interior del barracón, aprehendió alguna cantidad de droga y un arsenal: granadas de mano, ametralladoras con cargadores, pistolas, escopetas, fusiles de uso exclusivo de las Fuerzas Armadas. Cuando los delincuentes intentaron la fuga, fueron abatidos al pie de la colina por miembros del equipo policial. Las armas y las drogas fueron exhibidas por el comisario en una entrevista colectiva en la comisaría que dirige, provocándole acidez de estómago al comisario adjunto, más antiguo en el servicio y de pelo canoso, que aborrece los focos de las cámaras y la cola de caballo de su superior.

Después de un refrigerio de pie con alguno de los periodistas en la cantina, el comisario debe haber tomado un baño y cambiado de ropa en el apartamento donde probablemente vive solo, en el centro de la ciudad. Llegó a casa de mi hermana al comienzo de la tarde, tal como había prometido a mi cuñado, y los encontró desayunando en la mesa oval del jardín de invierno. Aceptó un zumo de maracuyá y enumeró las nuevas medidas de seguridad que recomendaba al matrimonio, tales como la electrificación de los muros, la sustitución periódica de todo el personal doméstico y la contratación de dos guardaespaldas para cada miembro de la familia. Mi cuñado grabó las instrucciones en un magnetófono de bolsillo y pidió permiso para ausentarse, pues tenía una reunión con sus abogados.

El comisario no lo dijo, pero puedo casi jurar que mi hermana lo persuadió para que se quedara un poco más. Llevaría un vestido sin mangas y, al invitarle a dar una vuelta por el jardín, con seguridad previó que sus ojeras destacaran a la luz del día, y que un policía apreciaría a una mujer con ojeras. Al bajar por el paseo central, ella tocaría con prudencia el asunto de las joyas. Me imagino que el comisario le habrá dicho que había establecido un cerco a los encubridores, o que había ordenado

investigar sobre el amante de la mujer de la limpieza. Entonces ella interrumpiría el paseo y, mirándole a los ojos, le pediría por favor que retirara la denuncia y se diera el caso por cerrado. Al comisario debe de haberle perturbado menos ver a aquella mujer queriendo proteger a alguien que verla tan desprotegida, como si aún estuviera en camisón, tendida en el suelo del vestidor.

Al atardecer, el comisario se retiró a su apartamento, pero supongo que no habrá conseguido dormir, a pesar de haber trasnochado. Volvió a casa de mi hermana después de la cena, con el pretexto de poner a prueba a los vigilantes nocturnos recién contratados. Fue recibido por mi cuñado en este mismo salón, y debió disgustarle el sofá inglés donde hoy se repantiga. Evitando preguntar por mi hermana, debe haber mudado de postura a cada instante, torciendo el cuello cada vez que el camarero entraba con el vodka helado o los pastelitos. Divertido con la escena y deseando prolongarla, mi cuñado sin duda ocultó la noticia del intempestivo viaje de mi hermana. Y aprovechó para hablar sin prisas de la finca que la familia de su mujer posee en la montaña. Calculo que le debió hacer una descripción tan minuciosa de la finca que incluso un detective aficionado notaría que nunca estuvo allí. Pero no se olvidaría de definirla como un paraíso, informando de su medida en metros y del valor por metro cuadrado, antes de mencionar que el área se encuentra ocupada por delincuentes. Manifestó su angustia ante el aparente callejón sin salida, teniendo en cuenta la ineficacia de las autoridades locales, la morosidad de la justicia, y la depreciación de los inmuebles en la zona afectada. Le confesó confidencialmente atravesar dificultades financieras momentáneas, y se mostró interesado en deshacerse de la propiedad, hablando siempre en nombre de la familia de su mujer, cosa impracticable mientras perdurase la anormalidad. Al acompañar al comisario hasta la puerta, mi cuñado se cuidó de decirle que aquella noche su mujer estaba volando al extranjero, pero volvería en breve y le había dejado recuerdos de su parte.

Ahora el comisario nos cuenta que el caso de la finca en la sierra es más grave de lo que sospechaba. A mi cuñado le informa que ha ordenado abrir ficha a los asaltantes. A la flacucha le afirma que se trata de gente con relaciones poderosas. A mí me concluye que dirigirá la operación personalmente, esta noche. Deposita la copa de licor azul en la mesa del centro y se levanta al descruzar las piernas, sin apoyarse en el sofá. Dice que es hora de marcharse y besa la mano de la flacucha, rogándole que permanezca sentada. Abraza a mi cuñado, que ya estaba en pie, y le pide que espere su llamada mañana temprano. Mira al cristal y dice «¿vamos?», dándome la impresión de convocar a su reflejo para la operación. Pero enseguida me levanta de la butaca con la mano atravesada y guía mi espalda con la otra mano a través de salones y jardines.

En el garaje lleno de automóviles grandes y sobrios, el taxi amarillo es casi una arrogancia. Nos instalamos en él, yo en el asiento trasero y el

comisario en el de delante, a la derecha. El empleado de la cabeza vendada habla en el patio con un tipo de traje reluciente, que de lejos parece exhibir en las dos manos un pez grande. Este tipo se lleva un susto cuando el comisario toca la bocina, que retumba en el garaje, y acude saltando sobre un solo pie. Lo que trae en las manos es una pierna ortopédica, que introduce por la ventana y deposita en el asiento a mi lado, antes de ponerse al volante. El coche es automático, y en lugar del taxímetro hay un equipo de radio con un micrófono que el comisario se acerca a la boca para transmitir nuestro itinerario. Bajamos las cuestas de la zona residencial de mi hermana, y la pierna ortopédica rueda hasta mi asiento. Acaricio suavemente el artefacto, que es de una materia plástica de color castaño, ese que llaman color piel, aunque la piel del dueño sea bastante más oscura. Pienso que puede ser una prótesis alquilada, o importada con prisas, o tal vez la haya preferido así, tras consultar el catálogo. Hay un encaje de metal con presillas justo debajo de lo que sería la rodilla, y meto la mano dentro para ver si la pierna es hueca. El zapato es clásico, lustrado y de punta fina, y el calcetín de seda está pegado a la pierna.

Cruzamos la ciudad a marcha moderada, y noto que otros coches se ponen en fila detrás del nuestro. Al dejar los suburbios, el chófer aumenta la velocidad, liderando una extensa caravana. Pongo la pierna ortopédica en el hueco detrás del respaldo, y me reclino; las curvas en la cuesta de la sierra siempre me adormecen. Como esta noche hay luna, puedo apreciar los platanos que proliferan en las vertientes, e identifico las tiendas de campaña camufladas en el margen de una plantación. Veo al comisario de perfil, pero ya no escucho lo que dice por el micrófono y que el chófer aprueba con una señal del pulgar. Me imagino que estará cantando bajito, y las radios de los coches que nos siguen captarán su voz. Y las personas que vayan dentro de los coches harán «shhhh», para oír mejor el recital. Y el canto sonará íntimo, las labiales muy pronunciadas a causa de la boca pegada al micrófono. Y si yo cerrara los ojos, oiría también la canción del comisario, y me impresionaría que un hombre de ese tamaño supiera cantar suavemente.

El taxi da un salto en una tachuela y reduce la marcha. Erguido de nuevo en el asiento, veo en el borde de la carretera la señal con una flecha roja y el letrero «Posto Brialuz». Pasamos la parada, que está vacía, y nos desviamos por una calle de arena. Con la luz de los faros difuminada por el polvo, la atmósfera es la de un mediodía muy nebuloso. Unos bultos humanos acompañan la circulación lenta de los coches; estamos en un villorrio, y sus habitantes deben haber dejado la cama para recibir a la comitiva. Los coches aparcan pegados unos a otros; son vehículos particulares, de marcas variadas. Cuando baja la polvareda, la batería de faros está dirigida contra una fachada de azulejos, con puertas y ventanas que dan directamente a la calle. La población del villorrio se aglutina, intuyendo la inminencia de un acontecimiento. Pero por ser poco numerosa, e inexperta en acontecimientos, deambula en bloque por el ruedo iluminado. Y se disuelve al ver bajar a cuatro hombres de cada coche, hombres de traje sin corbata, cuyas fisonomías se me escapan. Algunos están de

espaldas, o llevan las solapas levantadas, gafas de sol, sombreros hundidos en la cabeza. Otros se acercan al taxi de frente, y la potencia de los faros anula sus rasgos. Forman un pasillo desde el taxi a la casa de azulejos, por donde ahora pasa el comisario con las manos en los bolsillos de la chaqueta ajedrezada. Disminuye el paso cuando se abre la puerta de la casa, recuperando el ritmo al distinguir en el umbral a un señor casi calvo, en uniforme de *jogging*, abrazado a una mujer tetuda, con una peluca amarilla y bata de brocado. Se saludan, entran y cierran la puerta.

El chófer sale del taxi y me pide que le alcance la pierna ortopédica. Apoyado en el guardabarros, se dobla el bajo del pantalón reluciente y ajusta la prótesis al muñón de la pierna izquierda. Los habitantes del villorrio se reagrupan para ver de cerca la operación, y desaparecen cuando la puerta de la casa vuelve a abrirse. El comisario sale con la mano en el hombro del señor de pelo ralo, que se ha puesto una cazadora de cuero y avanza por el pasillo de hombres sin rostro como un senador, sonriendo y moviendo la cabeza hacia los lados. Lo conducen al taxi y se sienta junto a mí en el asiento trasero. El comisario lo trata como colega, y me presenta como el propietario de la finca, como parte perjudicada y como ciudadano quejoso. Me estrecha la mano con fuerza, la agita largo tiempo, como si me viera por primera vez. Pero yo lo reconozco por la nariz achatada de ex boxeador.

El taxi da marcha atrás, frena, arranca como quien va lejos y se empotra en una casa que hace esquina, veinte metros adelante. La casa es la comisaría de la comarca, y en el terreno contiguo está el viejo coche celular que estuvo frecuentando la finca. El comisario y el ex boxeador bajan del coche al mismo tiempo, y el chófer se contorsiona para abrir desde dentro mi puerta. El ex boxeador se sienta al volante de la camioneta y el comisario me hace una señal para que suba por el otro lado. Subo y me instalo en el centro del asiento corrido, pensando que el comisario prefiere la ventana. Pero él no sube; cierra la puerta y se despide con dos golpes en la capota, como quien azuza a un caballo.

Al dirigir el coche celular de vuelta a la carretera, el ex boxeador respira hondo varias veces y hace gestos truncados; parece que pretende decirme algo grave, lo que vuelve más grave el silencio siguiente. Pasamos por la parada del autobús, y los demás coches van a la cola hasta la mitad del camino de barro que lleva a la finca. Los sigo por el retrovisor y, cuando sus faros se apagan, me siento ahogado en aquel pescante. Quiero bajar el cristal, no encuentro la manivela, y el ex boxeador respira todo mi oxígeno. Cambia y descambia las marchas a lo loco, frena y da tumbos como si viera animales en el camino. La camioneta se tambalea tanto que no consigo fijar mi pensamiento en nada.

La cancela se abre a medida que nos aproximamos, como accionada por control remoto. La camioneta frena y el chaval de la cabeza rapada aparece con los tres pastores alemanes, que olfatean las portezuelas. El ex boxeador ordena al muchacho que deje la cancela abierta, guarde los perros y baje a la casa. Se ve obligado a repetir la orden porque el chaval permanece estático mirándome, hasta que da un golpe de bambú al aire y desaparece en el bosque con los pastores.

Los dos gemelos de calzoncillos a rayas esperan junto a los remolques, avisados a buen seguro por el estrépito de la camioneta. Vienen al encuentro del vehículo aún en movimiento, se detienen, y se apartan al sorprenderme allí. El ex boxeador para el motor y mete la primera, pero la camioneta continúa hipando por el terreno accidentado. Los gemelos adelantan los rostros por encima del capó, cada uno con una porra en la mano. Vacilan un momento, se agachan, calzan las ruedas delanteras con las porras. El ex boxeador se baja y se encamina al remolque mayor, que está a oscuras y con las cortinas corridas. Uno de los gemelos abre la puerta y me arranca del furgón celular. El otro se coloca frente a mí, me levanta la camisa y me acaricia el pecho, juega con mis tetillas. Veo al ex boxeador subir la escalerilla de tres peldaños y golpear con insistencia la puerta del remolque. El primer gemelo me vuelve el rostro con las dos manos, mete los meñiques en mis oídos y hace presión, como si quisiera unirlos dentro de mi cráneo. El segundo nos aparta, me arrima a un árbol, y pienso que va a besarme en la boca cuando estalla una ráfaga de ametralladora dentro del remolque, y el ex boxeador sale volando de la escalerilla. Los gemelos van a ayudarlo, pero él se recupera solo, sacude la cazadora de cuero y dice «puta mierda». Se entreabre la puerta del remolque y aparece el rubio desnudo, con tantos anillos y pulseras que parece más desnudo aún. Empuña una ametralladora, yo diría que de

juguete, más pequeña que su antebrazo. Tiene una cicatriz como una corbata respunteada del tiroides al ombligo. Su cara está amasada por el sueño y el ojo izquierdo lleno de secreciones, como quien se despierta con conjuntivitis.

Subimos todos al remolque, el ex boxeador el último, cerrando la puerta. El rubio deposita la ametralladora en la mesa de cristal, y entra al cuarto de baño situado en el fondo del remolque. Abre la ducha, que imita el ruido del televisor encendido y sin programa. Los gemelos se sientan en el borde de la litera con las sábanas desordenadas, frente a la llovizna del televisor, y se disputan las cintas de vídeo dispersas por el tapete. El ex boxeador se recuesta en la silla al lado de la mesa y sopesa la ametralladora. Yo me quedo de pie contra la puerta, contando los agujeros de las balas en el techo del remolque.

El rubio sale del baño con el pelo chorreando, los ojos resplandecientes, una toalla enrollada en la cintura y un medallón de oro en el pecho que realza la cicatriz grosera, con queloide. Se sienta frente al ex boxeador, alisa el cristal violeta de la mesa y dice «¿dónde está?». El ex boxeador dice «¿dónde está qué?». «¿Dónde están las joyas?», dice el rubio mirándome de reojo. El ex boxeador me señala con la ametralladora, y dice que nunca se interesó por mí, me creía un ladrón de bolsos, un pillo, un don nadie. Y ahora ha descubierto que soy el dueño de esta finca. Se apresura a explicar que no estoy allí para desalojar a nadie, al contrario, traigo una propuesta interesante para todos nosotros. Respira hondo y dice que esta noche le presenté a miembros de una gran organización, pero el rubio ya no presta atención a lo que dice; se levanta, rodea la mesa, se detiene ante mí sin mirarme, y su ojo izquierdo es de cristal. Se vuelve hacia el ex boxeador y dice «¿estás jugando conmigo?», con voz de falsete en medio de la frase. El ex boxeador se encoge en la butaca y parece masturbar el cañón de la ametralladora. Un gemelo apaga el televisor, el otro abre una ventana, y la claridad de muchos faroles ilumina el techo agujereado. El ex boxeador se pone en pie y dice «me he tomado la libertad de invitar al personal de la organización a una charlita»; la frase le ha salido firme, de un tirón, pero, al concluir, sin querer reculó ligeramente. Menos que un movimiento, fue una contracción dorsal casi imperceptible, pero le permite al rubio adelantar un paso y sujetarlo al apoyarse en la pared. Un hombre armado no tiene derecho a retroceder, y, en esa situación, blandir la ametralladora es sólo un gesto teatral. Ya está acorralado y podrían rendirlo fácilmente los gemelos, que entretanto miran en mi dirección y se paralizan. El rubio también mira a través de mí, y se pone lívido como un albino. A mi espalda acaba de entrar el comisario, el cuerpo oblicuo para caber en el remolque. No necesita sacar las manos del bolsillo para que los tres levanten las suyas hasta la nuca. Ni necesita abrir la boca para que bajen los ojos y se retiren del remolque en fila india, seguidos del ex boxeador con la ametralladora en ristre.

El comisario ocupa la silla del rubio y manosea los objetos de la mesa. Abre los tubos de medicamentos, los huele, vacía en la alfombra un frasco de somníferos. Marca al azar las teclas del teléfono en forma de tortuga, y se olvida del aparato con

el casco para abajo, bamboleándose. Sostiene en el aire el buda de porcelana, lo desenrosca como una bombilla, y el vientre de la estatuilla se va dividiendo en dos; su barriga está llena de un polvillo blanco, probablemente cocaína. Se oye una rápida fusilería fuera, y el comisario dice «esos idiotas han intentado la fuga». Pasa el dedo por la cocaína y se frota las encías. Voy a espiar por la ventana, pero dice «mira qué coincidencia». Abre un estuche de madreperlas y pregunta si conozco las joyas de mi hermana. Sin esperar respuesta esparce las joyas en la mesa y dice que corresponden exactamente a la descripción que mi hermana le hizo. Las distribuye entre los bolsillos de la chaqueta ajedrezada, se levanta de sopetón, golpea con la cabeza en el techo y se va del remolque.

No quise mirar, pero los tres cuerpos estaban de bruces en el césped, uno al lado del otro, con las manos cruzadas en la nuca. El comisario baja hacia el riachuelo con el chófer de traje reluciente, que apenas cojea. Los otros hombres van delante, y ya atraviesan el puente de tablas rumbo a la casa principal de la finca, de donde emana una lucecita intermitente. El comisario se para, se vuelve y me indica que le acompañe. Yo creo que esa gente no tiene nada más que hacer en la finca. Me enfrento al comisario y digo «ya basta», pero la voz sale tan débil que yo apenas la oigo. Tal vez él la haya oído, pues menea la cabeza y sale de mi campo de visión.

Subo en sentido opuesto, y noto un inicio de claridad en la cima de las montañas. Cerca de la cancela me apoyo en la piedra redonda donde me gustaba quedarme cuando era pequeño. Recuerdo que al atardecer invitaba a mi hermana a trepar a la piedra, y ella siempre decía «ya voy», me mandaba ir delante y esperar sentado. Entonces yo pasaba la noche solo allí arriba, y he aprendido que la noche es superior al día. Y que, cuando amanece, no es el día lo que nace en el horizonte, es la noche que se recoge en el fondo del valle.

Cruzo la cancela y me llega un estruendo que no sé si es del trueno o de los tiros que hacen eco en las laderas. Es posible que sean las dos cosas. Al poco rato empieza a llover, y en la plantación se inicia el fuego.

Anduve sin prisa gran parte del camino de barro, con el rostro hacia lo alto, orgulloso de mojarme con la lluvia. Fuerzo la marcha cuando noto que ha amanecido. Abandono las zapatillas, que me pesan impregnadas de barro. Corro descalzo, patinando un poco, y el rumor que me persigue debe ser un trueno distante. Pero también puede ser la camioneta, el taxi, la flota de coches particulares; si me alcanzaran, creerían que estoy intentando la fuga. Meto los dedos en los oídos como hizo el gemelo, sintiendo los cartílagos dilatados. Corro con los ojos cerrados, conozco el camino. Hay charcos cada vez más profundos, que supero en una carrera anfibia. Piso por fin suelo firme, y me veo atravesar desenfrenado la carretera frente al Posto Brialuz.

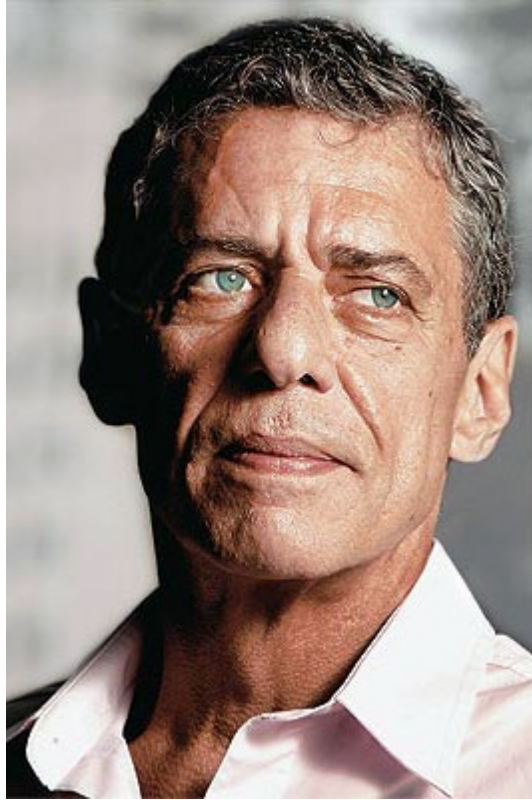
Reconozco al tipo flaco de la camisa a cuadros en la parada del autobús que baja

de la sierra. Divisarlo allí, no sé por qué, me llena de un sentimiento semejante a una gratitud. Sigo corriendo a su encuentro, con los brazos abiertos, pero él me interpreta mal; encoge los hombros y saca un cuchillo del interior del pantalón. Es un cuchillo de cocina medio oxidado, con el filo carcomido, que mantiene apuntando a la altura de mi estómago, y yo no tendré cómo detener mi impulso. Estoy a un palmo de aquel rostro luengo, la boca de par en par, y ya no tengo la seguridad de conocerlo. En verdad, lo conozco sólo por la camisa a cuadros, y es la camisa lo que abrazo con fuerza, y la agarro y desgarro. Recibo toda la hoja en mi carne, y casi le pido que la deje donde está; adivino que al salir me dañará más que cuando entró. Empuja mi pecho para arrancarla, y desaparece por el talud que da a otros lados.

Al subir al autobús, recuerdo que no tengo dinero para el pasaje. Me palpo delante del conductor, que mira la mancha viva en mi camisa, hace una mueca y me deja pasar. Tengo la suerte de encontrar un asiento vacío detrás de un cura negro y gordo de ojos saltones, y frente a un tipo verduoso, que duerme con la mejilla derecha deformada contra el cristal. El conductor tarda en arrancar, mira a los lados, parece contar con otros pasajeros. Pienso avisarle de que hoy los chavales de los limones no vendrán, pero siento un inmenso cansancio. Apoyo la cabeza en el cristal.

No me negarán una ficha para el teléfono en la estación. Llamaré a mi madre, necesito tumbarme en un rincón, tomar un baño, lavarme la cabeza. Cuando mi hermana llegue de viaje, de buen grado me adelantará seis meses del alquiler de un apartamento. Si mamá no lo coge, iré a casa de mi amigo; a él no le importará que me hospede allí hasta la vuelta de mi hermana. Si resultara que mi amigo ha muerto, llamaré a la puerta de mi ex mujer. Estará sin duda atareada y tal vez se desconcierte por la visita imprevista. Puede que abra un poco la puerta y ponga firme el pie detrás. Pero cuando vea la mancha viva en mi camisa, tal vez haga una mueca y me deje pasar.

•



FRANCISCO BUARQUE DE HOLLANDA (Río de Janeiro, 1944), conocido como CHICO BUARQUE. Poeta, músico, dramaturgo y novelista brasileño. Hijo del historiador y ensayista Sérgio Buarque de Hollanda, creció rodeado de las grandes figuras de la literatura brasileña y extranjera que frecuentaban su casa. Estudió arquitectura, pero a partir de 1965 se dedicó a la música, convirtiéndose en uno de los mayores iconos culturales de Brasil a nivel mundial. Buarque ha demostrado también un notable talento para la poesía, el teatro y, especialmente, la novela, que ha cultivado con creciente éxito. Han sido traducidas al español *Estorbo* (1991), *Budapest* (2003) y *Leche derramada* (2009). Estas dos últimas obtuvieron el prestigioso Premio Jabutí, consagrándolo como uno de los escritores más leídos y valorados en el panorama de las letras portuguesas contemporáneas.